

Trabajo de Fin de Grado

Las mujeres de la aristocracia aragonesa en los orígenes del sistema feudal: el dominio señorial (siglos XI-XII)

Autor

Pablo Bautista Sesé

Director

Mario Lafuente Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. GRADO EN HISTORIA

Año académico 2020/2021

Resumen: Durante la Edad Media, las mujeres de la aristocracia aragonesa no fueron ajenas al entorno en el que vivieron. La sociedad patriarcal medieval de la que formaron parte no impidió su actividad en la gestión de patrimonios fundiarios como auténticas señoras feudales, ejerciendo todos los beneficios propios del estatus privilegiado al que pertenecían. Como titulares de feudos, junto a sus maridos, en la ausencia de estos o incluso al frente de instituciones eclesiásticas gestionaron dominios, administraron rentas e incluso tomaron las armas cuando fue preciso. Las mujeres de la aristocracia se hicieron oír, actuaron y fueron protagonistas de su tiempo en una sociedad que todavía era consciente del importante rol que jugaban estas para el funcionamiento del sistema.

Palabras clave: Historia de las mujeres, Plena Edad Media, Reino de Aragón, Aristocracia, Señoríos, Administración

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
1. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO	5
2. OBJETIVOS.....	6
3. METODOLOGÍA APLICADA	7
4. ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	9
DESARROLLO ANALÍTICO	14
1. LA CONFIGURACIÓN DEL SISTEMA FEUDAL EN EL REINO DE ARAGÓN (SIGLOS XI-XII).....	14
2. EL DOMINIO SEÑORIAL, UNA CUESTIÓN DE ESTATUS: LA FORMACIÓN DE LAS MUJERES EN EL SENO DE LA ARISTOCRACIA FEUDAL.....	17
3. ESPOSAS Y TENENTES: LA UNIDAD CONYUGAL COMO EJE DEL DOMINIO FEUDAL.....	23
3.1. Roles atribuidos a las mujeres en el seno de las relaciones familiares	23
3.2. Parejas de trabajo.....	24
3.3. La autoridad femenina en contextos de ausencia marital	27
4. VIUDAS: LA PERVIVENCIA DEL DOMINIO Y LA CONTINUIDAD DEL LINAJE	33
4.1. La viudedad foral en Aragón	33
4.2. Mujeres viudas entre los sectores aristocráticos aragoneses.....	35
5. ABADESAS, PRIORAS Y SEÑORAS: LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS COMO FUENTES DE CAPITAL PARA LOS LINAJES ARISTOCRÁTICOS	39

CONCLUSIONES	42
BIBLIOGRAFÍA.....	45

INTRODUCCIÓN

1. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO

En cuanto sobrevuela por algún lugar la palabra “Edad Media”, es inevitable que en la mayoría de las mentes de los presentes aparezca una rápida sucesión de imágenes asociadas al término: dragones, princesas, caballeros, castillos, guerra, e incluso suciedad, magia o fanatismo religioso; sin embargo, al margen de estos tópicos arraigados en la mayoría de la población que no poseen una vinculación estrecha con la Historia, a consecuencia de películas y series de ficción, lo cierto es que incluso dentro de los que estamos más vinculados a esta disciplina, hay aspectos sobre los cuales poseemos una imagen muy distinta de la que, en realidad, debió ser. Obras como *La invención de la Edad Media* de Jacques Heers o *Para acabar con la Edad Media* de Régine Pernoud son buenos ejemplos que demuestran la falsedad de las acusaciones de ignorancia, barbarie, misoginia, intolerancia, etc. que se suelen lanzar contra la Edad Media. Uno de los aspectos en los que generalmente poseemos una imagen muy distorsionada de la que en realidad debió darse es acerca del papel que jugaron las mujeres en la sociedad medieval, más concretamente, aquellas que estuvieron relacionadas con el orden nobiliario.

La decisión personal por este mundo surgió a raíz de la asignatura impartida por Mario Lafuente Gómez, “Historia de las mujeres”. Esta me introdujo en los estudios de género y me mostró no solo la importancia que tiene el análisis de la sociedad desde una perspectiva de género, sino también todo el yermo que hay en este terreno que necesita y debe ser trabajado. La visión de género nos aproxima hacia una parte de la sociedad que hasta bien entrado el siglo XX, especialmente la década de los 70’, no había recibido especial interés. Por tanto, los estudios de género sacan a la luz una parte de la Historia que en cierta manera había permanecido oculta.

Las mujeres de la nobleza siempre gozaron de los beneficios de su clase y, evidentemente, no existe punto de comparación entre la vida que llevaron estas y la propia de las mujeres campesinas. Sin embargo, la razón de acotar el periodo de estudio a los siglos XI y XII no es casualidad, dado que estamos en un interesante periodo de la Edad Media en el que las estructuras feudales poco a poco están convirtiéndose en verdaderos señoríos hereditarios y, por tanto, patrimonio de la familia titular. Consecuencia de este proceso, en estos años, la autonomía de las mujeres aristócratas para tomar decisiones parece más marcada que en épocas posteriores. Con ello no pretendo decir que estemos ante un horizonte de igualdad, pero sí de atenuación del poder patriarcal, especialmente si comparamos la situación de las mujeres unas centurias más adelante, cuando la ideología burguesa reconfigure otra vez los roles de género y establezca como objetivo del hombre llevar una vida plácida sin la necesidad de que su esposa tuviera que trabajar.

2. OBJETIVOS

Los objetivos que pretendo alcanzar con este trabajo tienen que ver con mi interés por el tema, y por profundizar en dos cuestiones fundamentales en particular. En un comienzo, el objetivo principal del trabajo iba a ser intentar aportar algo de luz sobre el papel de la aristocracia femenina aragonesa en el paso del feudo al señorío, sin embargo, poco a poco el objetivo se fue tornando inabordable, pues cuanto más conocía el tema, más complicado me parecía estudiarlo, dada la necesidad de trabajar con una gran cantidad de documentación primaria, y de llevar un estudio caso por caso de cada feudo, estudiando la continuidad de las familias establecidas en él, las disposiciones reales, los documentos judiciales, etc.

Por tanto, viré el objetivo del trabajo hacia uno más concreto y abordable, como era el de analizar el papel de un grupo social, como fueron las mujeres plenomedievales de la aristocracia aragonesa, en la gestión y administración de feudos y patrimonios familiares, bien les pertenecieran a ellas o bien a sus maridos. Las mujeres por supuesto habían adquirido desde hacía décadas protagonismo en las monografías históricas, pero tendían a diluirse en las obras de carácter general. En este sentido, uno de los objetivos de este trabajo es analizar y ensalzar el papel que tuvieron estas mujeres como grupo, alejándome de lo que durante mucho tiempo se ha valorado como “mujeres excepcionales” para reflejar la realidad de un grupo social que, por pertenecer al género marginado, no dejó de gozar de las ventajas de su estatus.

A consecuencia y gracias a este análisis, vamos a conseguir demostrar un aspecto fundamental y es que, por lo menos en el reino de Aragón de los siglos XI y XII, mientras funcionó el sistema de tenencias (1035-1206), la desigualdad de género estuvo supeditada a la desigualdad de clase. Por ello, el objetivo principal es ilustrar la realidad de la aristocracia femenina aragonesa entre el reinado de Ramiro I y el de Pedro II, intentando sacar a la luz todas las funciones que llevaron a cabo las mujeres del grupo dominante a través de cuatro situaciones distintas: como titulares de un feudo, como valedoras de sus maridos en un feudo, como viudas y como agentes de instituciones eclesiásticas. Todo ello no considerando a las mujeres que aparezcan como personajes extraordinarios, sino como un colectivo que tenía y desarrollaba unas labores similares, aunque me servirá también de alguna mujer destacable y extraordinariamente bien documentada para ilustrar tal objetivo, pero todo en aras de aportar una visión de conjunto de un grupo social que no estuvo alejado de las funciones y beneficios que acarreaban la pertenencia a un grupo privilegiado.

3. METODOLOGÍA APLICADA

Para la elaboración de mi trabajo y ajustarme a las normas de presentación y contenido de la información recopilada, he hecho uso del curso académico alojado en Moodle con motivo del desarrollo del Trabajo de Fin de Grado (TFG), publicado por Matilde Cantín y Ester Casanova. En cuanto a la metodología de la que me he servido para poder alcanzar los objetivos planteados, se ha basado en la combinación de dos enfoques principales: por un lado, la de historia socioeconómica, y por otro lado el propio de la historia de género, apoyándome tanto en documentos originales como en obras de síntesis. La perspectiva de género me permite tener una conciencia crítica, poniendo atención en el sujeto femenino para darle importancia y reconocer el papel que desempeña dentro de la sociedad, mientras que la perspectiva socioeconómica me ha servido para no olvidarme de a qué tipo de sujetos estoy analizando, qué poder tienen estos y qué lugar ocupan en la sociedad.

En primer lugar, la historia socioeconómica pretende desde sus orígenes en la década de los 30' con la Escuela de los Annales y más tarde con la renovación que le aportará a la rama la escuela marxista, estudiar la economía y la sociedad, dejando de lado la narrativa y los relatos de acontecimientos y poniendo el punto de mira en las grandes estructuras. Este método de estudio lo he utilizado como herramienta para poder profundizar en la sociedad de la Plena Edad Media, analizando cómo las mujeres de la aristocracia van a ejercer su poder, dominación y disciplina en el ámbito material a través de la apropiación de medios y oportunidades de trabajo y de sus resultados, pero también en un sentido espiritual, apropiándose y dispensando dichos medios para alcanzar la salvación eterna (García de Cortázar, 2002, p. 14).

En segundo lugar, la historia de género se presenta desde sus orígenes tras la II Guerra Mundial como una forma de revisar la historia anteriormente escrita. Se consideraba que la historia había dejado de lado al sujeto social femenino, entendiéndose este como el conjunto de todas las mujeres, siendo omitido o menospreciado por la producción historiográfica tradicional. Esta corriente de investigación establece, mediante el estudio de las relaciones de género, la asunción de unos determinados roles dentro de la sociedad por parte de cada individuo, tomando como base el sexo, siendo necesario conocerlos e identificarlos para entender las diferentes respuestas que se dan (Hernández Sandoica, 2004, p. 437). He descartado por completo la metodología para el estudio de la historia de las mujeres empleada por Duby, interesada en la construcción de la historia de las mujeres a través de los discursos que sobre ella se han escrito (Fuster García, 2000, p. 256), sirviéndome de una bibliografía más centrada en el análisis de documentación primaria, cuyos discursos se han construido directamente a través de documentos cotidianos, más alejados de obras de tratadística.

Como he mencionado, la información utilizada para el desarrollo del trabajo ha sido obtenida tanto en fuentes secundarias como primarias, estas últimas consultadas a través de ediciones críticas. Con respecto a los documentos originales, he llevado a cabo un rastreo de colecciones diplomáticas de las principales instituciones eclesiásticas, pero

también aquellas de carácter regio desde Ramiro I hasta Pedro II, es decir, todos aquellos reyes aragoneses bajo cuyo gobierno estuvo en funcionamiento el tradicional sistema de tenencias. Para ello, he utilizado la metodología que en su día ofreció Cristina Segura Graiño, cuya propuesta consistía en llevar a cabo una relectura de los documentos publicados centrada exclusivamente en la búsqueda y el cómputo de nombres de mujeres, señalando su participación en el acontecer histórico. Esta metodología ofrece una gran ventaja puesto que se centra en las mujeres normales, en este caso de corte aristocrático, rastreando su agencia a través del estudio de documentación de hechos totalmente cotidianos (Fuster García, 2000, p. 252). Y es que, en contra de Reyna Pastor, que defendía que no se podía prescindir de la tratadística clásica acerca del rol femenino en la sociedad, dado que muchas veces, especialmente para los siglos anteriores a los bajomedievales, no se disponen de otros testimonios (Fuster García, 2000, p. 257), vamos a ver que las mujeres se asoman con fuerza en la documentación.

COLECCIONES DIPLOMATICAS DE INSTITUCIONES ECLESIASTICAS		
MONASTERIO	CRONOLOGÍA	EDITOR
Nuestra Señora de Rueda de Ebro	1120-1206	Contel Barea, 1966
San Andrés de Fanlo	1035-1206	Canellas López, 1976
San Juan de la Peña	1035-1064	Ubieto Arteta, 1963
Santa Cristina de Somport	1076-1206	Kiviharju, 2004
Santa Cruz de la Serós	1035-1200	Ubieto Arteta, 1966 (I)
Santa María de Alaón	1035-1206	Corral Lafuente, 1983
Santa María de Casbas	1173-1206	Ubieto Arteta, 1966 (II)
Santa María de Sigena	1188-1205	Ubieto Arteta, 1972
Santa María de Veruela	1129-1206	Cabanes Pecourt, 2017
San Pedro de Siresa	1035-1197	Ubieto Arteta, 1986
San Victorián de Sobrarbe	1035-1206	Martín Duque, 2004

COLECCIONES DIPLOMÁTICAS REGIAS		
MONARCA	CRONOLOGÍA	EDITOR
RAMIRO I	1035-1064	Viruete Erdozain, 2013
SANCHO RAMÍREZ	1064-1194	Canellas López, 1993
PEDRO I	1194-1104	Ubieto Arteta, 1951
ALFONSO I	1104-1034	Lema Pueyo, 1990
ALFONSO II	1162-1196	Sánchez Casabón, 1995
PEDRO II	1196-1206	Alvira Cabrer, 2010

He dejado de lado la documentación municipal, teniendo en cuenta que hasta Pedro II el nivel representativo del resto de colecciones es importante. A lo largo de este estudio también he apreciado como el número de mujeres en los documentos reales decrece en términos relativos, pero esto sencillamente se debe a que la cancillería se va

perfeccionando y el número de interlocutores del rey aumenta a gran velocidad. Consecuencia de esto las mujeres pierden peso específico en el conjunto de interlocutores del rey, lo que genera la sensación de que su presencia decrece, aunque las dinámicas sean las mismas.

Con todo ello no pretendo establecer conclusiones novedosas, sino resaltar una realidad que, aun hoy en día, se escapa a la hora de entender las relaciones sociales que existían en la Edad Media, poniendo de manifiesto el papel que ejerció el sector femenino de la aristocracia aragonesa y, por tanto, la supeditación de las relaciones de género a las relaciones de clase.

4. ESTADO DE LA CUESTIÓN

En la década de los 70', George Duby, pionero en el campo de parentesco y estructura familiar en el Medievo, en su obra sobre la región de Maconnais argumentó que alrededor del primer milenio se produjo una transformación de la aristocracia familiar cuando los primogénitos reemplazaron la repartición de bienes como la opción de herencia predilecta, relegando a las mujeres definitivamente a un segundo plano. Posteriormente, en *Damas del siglo XII*, el citado autor profundizaría en esta idea para decir que las mujeres del siglo XI “no serán para nosotros más que sombras indecisas, sin contorno, sin profundidad, sin acento”.

Sin embargo, está siendo sometida a una profunda revisión en los últimos años la idea de la degradación de la condición y del poder de las mujeres a partir de la Alta Edad Media sostenida por Georges Duby y basada en los cambios en las estructuras familiares, que hicieron que el poder político femenino se fuera eclipsando *grosso modo* a partir del año 1000, a medida que se iba consolidando en la aristocracia medieval ese modelo agnaticio y patrilineal (Rodríguez, 2016, p. 322).

Las generaciones más tempranas de historiadores ignoraron el estudio de las mujeres, salvo por figuras políticas y religiosas excepcionales como Leonor de Aquitania y Hildegarda de Bingen. Pero, en el proceso de rebatir el modelo de Duby, los historiadores empezaron a apreciar la figura de influencia de las mujeres en la familia medieval. En este sentido, enseguida se apreció que la herencia patrilineal, si bien podía haber limitado el acceso de las mujeres a determinados tipos de propiedad, no quería decir que estas tuvieran que carecer de propiedades.

A partir de los años 70' del siglo XX, las actuaciones de mujeres poderosas dejaron de pasar desapercibidas para la historiografía, que se ha beneficiado del desarrollo del feminismo y de la historia de las mujeres desde entonces. Consecuencia de ello, se han producido muchos estudios empíricos y metodológicos que, además, han conseguido llegar a la academia. Esta academización resulta fundamental, ya que implica el estudio y la investigación continuada en un contexto profesional y la formación de especialistas en la materia.

A pesar de que esta academización es general, la historiografía inglesa es la que ha desarrollado mayor número de trabajos sobre la historia de las mujeres y otros tipos de estudios sobre las mujeres. Se trata de estudios que se desmarcan de la visión teórica conocida coloquialmente como DWM (“Dead White Males”) para integrar a las mujeres como protagonistas. A raíz de este proceso, se han comenzado a analizar las relaciones de las mujeres con el poder, entendiendo que el poder es mucho más complejo que participar en el gobierno de manera pública, sino que equivale a tener influencia sobre diferentes aspectos del gobierno, tener una posición que permite influir a otros y utilizar el trabajo de otros para reforzar el propio prestigio (Silleras Fernández, 2005, p. 128).

La historia de las mujeres en España comenzó a hacerse hace cuarenta años, aunque anteriormente hubo algunas aportaciones importantes. Posiblemente la historia contemporánea fue pionera y, sin duda, ha tenido mayor desarrollo y presencia mediática por sus implicaciones políticas con la realidad social de cada momento. No obstante, los medievalistas también han aportado conocimientos y estudios importantes, reconstruyendo y analizando la realidad social del pasado femenino en los reinos hispánicos (Segura Graíño, 2013, p. 33).

Esta preocupación por hacer visibles a las mujeres dio lugar a lo que se ha llamado “historia contributiva”, una historia basada en el anhelo de demostrar que también ellas participan en el devenir histórico. Se escribieron entonces una serie de obras –en su mayoría biografías de reinas y personajes destacados de la nobleza– que pretendían rescatar a la mujer de su anonimato secular. No se estudiaba a las mujeres en su conjunto, sino a una única mujer o más bien podríamos decir a una mujer única, que hubiese destacado sobre las demás convirtiéndose en esa excepción de la que hemos hablado. Pronto se demostró que este camino no conducía a nada que no fuera eso, el reflejo de lo excepcional y lo anecdótico. La inmensa mayoría de ellas continuaban siendo anónimas, perdidas y confundidas como estaban, en el maremágnum de la historia. (Fuster García, 2000, p. 249).

En los años noventa se demostró que la metodología de la historia tradicional resultaba inútil para lograr el objetivo de visibilizar y revalorar la historia de las mujeres. Esta etapa de reflexión teórica dio como resultado la creación de nuevos esquemas y nuevas categorías de análisis nacidas en diferentes ámbitos –teoría feminista, historia social, antropología histórica, historia de las mentalidades–, que se habrían de convertir en las nuevas herramientas con las cuales construir el análisis histórico. Surgía entonces lo que conocemos como la historia del género o de las relaciones de género, centrada no tanto en el análisis de las diferencias biológicas y en los caracteres naturales, como sí en las construcciones socioculturales (Fuster García, 2000, p. 249). Sin embargo, todavía no se ha normalizado el conocimiento sobre el pasado femenino, sino que este sigue siendo un espacio reducido a investigadores e investigadoras, es decir, por desgracia, para tener acceso a la historia de género de la época medieval es necesario tener cierto nivel de cualificación (Segura Graíño, 2013, p. 41).

A pesar de ello, encontramos una serie de obras que abordan distintos aspectos del papel que jugaron las mujeres de la nobleza en el contexto hispánico, que han ido aumentando exponencialmente en los últimos años, y que tienen en común la consideración de las mujeres como sujeto histórico y social, aunque en este trabajo he puesto el punto de mira en aquellos más afines al feminismo marxista, que analiza la participación en la producción y la realidad social de las mujeres. Por un lado, si hay una autora que destaca por encima del resto en el contexto hispano es Teresa María Vinyoles Vidal, con trabajos que se inician desde 1969. Su aportación ha sido la de exhumar una gran cantidad de documentación intentando hacer visibles a mujeres cuyos nombres nos resultaban anónimos hasta el momento. En su trabajo ha prevalecido el vaciado de documentación sobre la reflexión teórica y analítica en torno a las fuentes socioculturales (Fuster García, 2000, p. 264). Su trabajo *La presencia femenina en los castillos a la luz de la documentación catalana medieval* nos permite apreciar como los castillos, que a primera vista podían parecer eminentemente militares y masculinos, en realidad eran hogares de familias, en los que residían constantemente la mujer, los niños y las niñas, mientras que el hombre, que era quien con más frecuencia tenía la titularidad y la custodia teórica del castillo, normalmente estaba ausente, lo que generaba que las mujeres tuvieran un papel destacado en las funciones que se desempeñaban en las fortalezas, desarrollando a menudo el papel de administradoras de tierras y rentas. Aunque si por algo es conocida Teresa Vinyoles es por su artículo *Las mujeres del año mil*, a través del cual muestra como en la sociedad plenomedieval la mujer estaba presente en primer plano.

Es importante hacer mención también del estudio *¿Reina la reina? Mujeres en la cúspide del poder en los reinos hispánicos de la Edad media (siglos VI-XIII)*, de María Jesús Fuente Pérez, que en mi opinión apunta una diferencia esencial entre poder y autoridad, que radica en que el primero es “un poder socialmente reconocido” y la segunda “un saber socialmente reconocido”. Mientras que el poder es delegable, la autoridad implica una capacidad innata; el primero, pues, se puede adquirir de otro, la segunda significa el desarrollo de las capacidades personales. Y es que fue, precisamente en este segundo concepto, en el que se enmarcaron las mujeres de la aristocracia femenina en la Plena Edad Media, dado que ejercieron su autoridad e hicieron uso de las ventajas de pertenecer a una clase social elevada como era la suya, sin tener necesariamente la titularidad del poder correspondiente a la autoridad que poseían.

Con respecto al reino de Aragón, no son tantos los estudios que analizan este papel de la nobleza femenina como gestoras. Hasta hace pocos años no se contaba más que con el trabajo de Federico Balaguer *La vizcondesa del Bearn doña Tulesa y la rebelió contra Ramiro II en 1136*, que a pesar de ser una monografía de la figura de Tulesa de Aragón menciona y habla de sus labores al frente de su patrimonio, y el estudio de Agustín Ubieta Arteta *Aportación al estudio de la “tenencia” medieval: la mujer “tenente”*, que no deja de ser una recopilación más bien escueta de las mujeres de la aristocracia que estuvieron al frente de una tenencia durante la vigencia de este sistema en Aragón y Navarra.

Sin embargo, si hubiera que hablar de una autora pionera en el caso de la historia de las mujeres en Aragón esa es María del Carmen García Herrero, que se ha ocupado de la

historia de las mujeres, especialmente en el ámbito aragonés, durante la Baja Edad Media, abordando temas de la historia social, hecha a partir de protocolos notariales y fuentes procesales (Fuster García, 2000, p. 265).

En los últimos años han ido surgiendo algunas obras más novedosas acerca de esta temática. Por ejemplo, el artículo de Guillermo Tomás Faci *La señora de Castarlenas* nos permite acercarnos a la trayectoria vital de una aristócrata aragonesa del siglo XII, que, si bien se centra en el aspecto más diplomático y bélico de su vida, es cierto que resulta muy ilustrativa y permite comprender qué papel jugaron las aristócratas aragonesas en este periodo, ya que si bien la adopción de un sistema de parentesco propiamente feudal basado en los vínculos agnáticos supuso un deterioro de la condición femenina, este sistema reservó también unos roles específicos para las mujeres dentro de las políticas familiares y recovecos para que adoptasen estrategias autónomas para salvaguardar sus intereses. Por otro lado, aunque sobrepasa el límite cronológico de la Plena Edad Media y se aproxima a un grupo de menor categoría social, el trabajo de Mario Lafuente Gómez *Las mujeres de la pequeña nobleza aragonesa en la Baja Edad Media* también permite ver como en Aragón, las señoras desempeñaron el dominio de posesiones que pertenecieron exclusivamente a sus maridos, en vida de estos o tras su muerte, ya que todos los miembros del grupo nobiliario recibieron la identidad por nacimiento, fueron considerados aristócratas, y ejercieron los roles propios de su estatus, aunque es cierto que mientras los varones pudieron actuar políticamente tanto dentro como fuera de los puestos del organismo institucional del Estado, las mujeres estuvieron secularmente apartadas de dichos puestos, trascurriendo su modo de acción en paralelo, pero no necesariamente al margen.

A la vista de la escasez de trabajos que trabajen esta problemática, evidentemente se hace necesaria su complementariedad con otros estudios sobre la nobleza aragonesa medieval, donde destacan especialmente Juan Utrilla Utrilla y Carlos Laliena Corbera. *La formación del estado feudal: Aragón y Navarra en la época de Pedro I* de Laliena es imprescindible para analizar la labor que desempeñaban los miembros de la aristocracia aragonesa en el transcurso del siglo XI al XII. También es digno de mención su trabajo *La formación de las estructuras señoriales en Aragón*, de donde se puede extraer una buena cantidad de información acerca de cómo funcionaban las redes de vasallaje regias, estructuradas en torno al sistema de tenencias. Por su parte, Utrilla tiene varios estudios sobre linajes aristocráticos concretos como *Los Maza de Huesca: un linaje aristocrático aragonés en el siglo XII*, que permiten, a través del análisis de parentesco entre hombres y mujeres, establecer lazos y construir una idea más clara acerca de qué mujeres concretas ejercieron determinadas funciones relacionadas con la gestión de sus patrimonios familiares.

En este momento los historiadores han colocado firmemente las contribuciones de las mujeres en la economía aristocrática en la agenda de investigación, pudiendo ver con mucha mayor flexibilidad una sociedad anteriormente considerada como ciegamente patriarcal. Gracias a ello, nuevas fuentes y perspectivas historiográficas continúan aportando un entendimiento mayor de los diversos “trabajos” de las mujeres de la aristocracia en la Europa medieval, sin embargo, los trabajos a nivel regional todavía son

escasos como hemos podido ver, y especialmente aquellos que tienen que ver con capas más bajas del orden nobiliario, alejados de todos aquellos estudios encuadrados bajo el término “*queenship*”.

DESARROLLO ANALÍTICO

1. LA CONFIGURACIÓN DEL SISTEMA FEUDAL EN EL REINO DE ARAGÓN (SIGLOS XI-XII)

A mediados del siglo XI el reino de Aragón estaba formado por tres antiguos condados: Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, donde se erigía una serie de fortalezas, especialmente de frontera, no tanto como defensa frente al vecino mundo de la Marca Superior sino con el fin de expandir un nuevo modelo social, feudal, mediante la ocupación de ciudades y distritos andalusíes incrementando, así, la superficie del naciente reino (Utrilla Utrilla, 2007, p. 120).

La conquista feudal aragonesa desde finales del siglo XI fue sometiendo al poder de los monarcas aragoneses las importantes medinas islámicas de la Marca Superior y sus amplios distritos territoriales. Dichas conquistas realizadas en tan corto espacio de tiempo plantearon numerosos problemas, entre los que destacan la nueva organización social y la articulación del territorio. Se trataba de implantar el modelo territorial de la sociedad feudal. Como norma general, los territorios islámicos ocupados no se integraban en la *terra regni*, es decir, aquellas tierras que formaban parte del patrimonio personal del monarca, sino que se incorporaban a la *honor regalis*, a través de la cual el monarca procedía a la formación de distritos o tenencias que entregaba a un *senior* para que los administrara en su nombre como feudo (Utrilla Utrilla, 2007, p. 122).

Cada tenencia comprendía un punto fortificado y los términos que lo rodeaban. Estos términos, a su vez, constaban de lugares y aldeas junto a terrenos cultivados o incultos. La tenencia era entregada a un *senior* para que ejerciese funciones delegadas por el soberano, con un reparto entre ambos, rey y *senior*, de los ingresos que correspondían a la corona. El señor, en contraprestación, estaba obligado fundamentalmente a custodiar y defender la tenencia (Lema Pueyo, 1997, p. 147) pero, además, debía jurar fidelidad y prestar ayuda militar, pues tenía la obligación de servir al rey al menos durante tres meses de campaña al año, lo que explica que estos miembros del grupo aristocrático mostrasen como elemento común su dedicación a la guerra junto al monarca (Utrilla Utrilla, 1999, p. 441).

La tenencia se cedía en “honor” por parte del monarca, que conservaba en último término sus derechos sobre lo entregado, o en heredad (Lema Pueyo, 1997, p. 149). También fue un fenómeno habitual entre los principales *seniores* el hecho de no limitar la donación a una sola tenencia, sino gobernar varias al mismo tiempo. Como consecuencia lógica de ello, existirá un crecido número de subtenientes, alcaides y castellanos al servicio de un solo *senior* (Lema Pueyo, 1997, p. 161), sin embargo, como veremos más adelante, este proceso también generará espacios para la rama femenina del grupo aristocrático, pues las esposas de estos aristócratas se convertirán en sus mayores valedoras.

Las posibilidades de enriquecimiento de un *senior* tenente radicaban, dejando aparte la explotación del patrimonio heredado por vía familiar, por un lado, en los ingresos a los que tenía derecho por gobernar la honor y, por otro, en las donaciones de bienes reales con las que era gratificado por sus servicios (Lema Pueyo, 1997, p. 175).

Honor acumula además un significado antiguo que jamás se pierde, el de “oficio público”, que se desdobra en dos valores que revisten a quien la disfruta, la dignidad y la legitimidad, ambos relacionados con el poder público, concretamente con el servicio militar y la potestad judicial (Laliena Corbera, 1996, p. 235). Esta característica pública de la tenencia alejará a las mujeres en un principio del cargo, sin embargo, en el siglo XII su acceso se generalizará conforme el sistema de tenencias vaya adquiriendo cada vez más un carácter hereditario.

Y es que el intento de convertir en hereditarias la “honores” fue el común denominador que compartieron las tenencias de todo el reino, de forma que no es extraño que, incluso agotada la línea masculina directa o durante las minorías, las mujeres ejercieran una o varias tenencias a la vez. Fue en este mismo siglo, por tanto, cuando se produjo una progresiva reorganización de las tenencias bajo la presión de los señores para hacer de ellas no solo bloques de parcelas sometidas a rentas proporcionales a sus frutos, sino también auténticas explotaciones agrarias, unidades de base de un señorío fundado (Laliena Corbera, 2014, p. 341)

Sin embargo, tradicionalmente las tenencias fueron redistribuidas en determinadas ocasiones, impidiendo el arraigo de los nobles en unos concretos territorios castrales. Solo desde la completa recomposición del sistema de honores en 1134, tras la revuelta nobiliaria contra Ramiro *el Monje*, comenzará a ser frecuente la sucesión hereditaria padre/hijo y las tenencias comienzan a transformarse en verdaderos núcleos señoriales en los que determinadas familias aristocráticas, afectas al titular real, vendrán a cimentar buena parte de su prestigio y poder arraigado secularmente en ellos (Utrilla Utrilla, 1999, p. 461).

La patrimonialización total de la tenencia será un proceso desarrollado por tanto especialmente tras el reinado de Alfonso I, momento en el cual se empezarán a confundir, de modo interesado, los términos de la cesión original (Lema Pueyo, 1997, p. 153). En este proceso también jugarán un papel fundamental las mujeres aristócratas, ya que aparecen en la documentación realizando todo tipo de compraventas, permutas y donaciones de términos aldaños a la honor que ostentaban ellas mismas o sus maridos.

Todavía a comienzos del siglo XIII, y coincidiendo con el reinado de Pedro II, los nobles seguían detentando por cesión real las tenencias, muchas de ellas ya convertidas en señoríos. Así, los magnates y ricos hombres del reino aparecen suscribiendo los diplomas reales y acompañando al monarca en sus continuos desplazamientos como miembros de su entorno cortesano y, sobre todo, en calidad de tenentes (Utrilla Utrilla, 2009, p. 204). Pero a partir de ese momento, se cerró prácticamente el proceso de señorialización que se venía desarrollando desde cien años antes. Los inmensos apuros financieros de Pedro II fueron probablemente decisivos en este sentido, al obligarle a ceder en sus posiciones

frente a un bloque de grandes nobles. Este debilitamiento de la posición real y la necesidad de asegurarse apoyos en un momento de tensiones con la nobleza catalana pudieron influir decisivamente en el abandono en 1206 del sistema de honores y en la cesión generalizada de los lugares teóricamente aún bajo el poder del rey en favor de, ahora definitivamente, los señores (Laliena Corbera, 1993, p. 575).

2. EL DOMINIO SEÑORIAL, UNA CUESTIÓN DE ESTATUS: LA FORMACIÓN DE LAS MUJERES EN EL SENO DE LA ARISTOCRACIA FEUDAL

De todos los atributos asociados a la identidad aristocrática, aquel que confirió un mayor prestigio y que subrayó, de un modo más directo, la superioridad de las personas incluidas en este orden fue, precisamente, la posesión de un señorío (Lafuente Gómez, 2014, p. 74).

Theodore Evergates en un trabajo sobre el condado de Champagne identificó mujeres que “homenajearon y recibieron homenaje; donaron feudos obtenidos por herencia, su dote y la dote marital; consintieron las transacciones de sus feudatarios; y arbitraron disputas sobre qué feudos estaban en disputa”. Basándose en su análisis de más de 10000 documentos de feudos y registros de vasallaje desde 1178 hasta 1275, las mujeres aparecían en el 20% de los documentos como feudatarias en 1250, despuntando en 1262. Estas expresiones de autoridad pública eran modestas pero significativas, y eran complementadas por actividades más privadas de las mujeres como el mantenimiento de los dominios, la educación de los hijos, concertar sus matrimonios, crear alianzas y gestionar sus dominios (Drell, 2013, p.339).

Esto se debía a que la ausencia de un heredero masculino podía hacer que la mujer tuviera el rol de gestora de la propiedad, una circunstancia que enfatiza la importancia de conocer las realidades prácticas de la posesión de propiedad de una mujer. Es por ello, que desde que tenemos documentos y tratadística que versa sobre la educación que recibían las mujeres, apreciamos claramente que uno de los principales aspectos en los que las mujeres de la aristocracia eran educadas eran esos conocimientos necesarios para la gestión y administración de patrimonios fundiarios.

Si leemos un fragmento del *Liber Manualis*, que escribió la condesa Duoda, dama del siglo IX cercana a la corte carolingia, enseguida podemos ver que las mujeres, más allá del pensamiento tradicional de que estuvieron ligadas exclusivamente a conocimientos religiosos o ligados a las tareas domésticas, fueron verdaderas garantes de la transmisión de conocimientos diversos en su familia y, por tanto, poseedoras de los mismos. El libro lo dedicó Duoda a la educación de su hijo, un adolescente de la alta nobleza que iba a servir al rey. La madre le había educado hasta los dieciséis años y quiso continuar su educación en su ausencia a través de este libro. No sería un caso único, ya que la madre era la educadora de hijos e hijas hasta la adolescencia, y su influencia se ejercía a menudo más allá de esta edad (Vinyoles Vidal, 2005, p. 8).

A pesar de tratarse de un caso de una dama cercana a la corte carolingia, nos está relatando una práctica habitual entre todas las mujeres de la nobleza. Evidentemente el nivel cultural de la corte carolingia no se puede equiparar al que había en el Aragón plenomedieval, sin embargo, el hecho de que las mujeres aparezcan como transmisoras del conocimiento y educadoras de sus hijos, remite a pensar que recibieron la misma educación que los hombres en muchos aspectos, especialmente el administrativo.

También se conservan textos de algunos autores de comienzo del siglo XIV que consideraban que era necesaria una educación formal para cualquier mujer que pudiera heredar una propiedad territorial. Un poco más adelante, Christine de Pizan, en su obra *Le Livre des trois vertus à l'enseignement des dames* (1405), se refería a la educación de las damas nobles en cuestiones relacionadas con la gestión de grandes dominios, fortificaciones y castillos, y que iban desde habilidades en matemáticas elementales hasta un conocimiento experto en aspectos agrícolas. Una de las cuestiones más presentes es que las aristócratas tenían que supervisar con cuidado sus ingresos y sus gastos para poder generar ganancias a su casa nobiliaria. Debían conocer no solo las características físicas del señorío –la necesidad de fertilizar el suelo, el cuidado de las ovejas o las estaciones apropiadas para cada labor agrícola – sino también las inclinaciones de los trabajadores. Consideraba incluso que sería conveniente que las mujeres conocieran las leyes de las armas y todo lo relativo a la guerra, incluyendo métodos de defensa y asalto, para, si fuera necesario, estar preparadas para ejercer el mando sobre sus hombres (Rodríguez López, 2016, p. 319).

Si trazamos una línea de continuidad entre Duoda y Christine de Pizán, podemos ver como la realidad que retrata a la mujer docta no es nueva, sino que la encontramos ya en el siglo IX, por lo que no es difícil deducir que en los siglos intermedios hasta el tratado de Pizán la situación no difería en exceso.

En la península ibérica, cuyo contexto vamos a extrapolar al reino de Aragón, ante la ausencia de trabajos concretos circunscritos a este y las similitudes que, a priori, debieron darse, las fuentes provenientes de la monarquía y de la nobleza dejan ver una serie de cualidades que debían tener las mujeres de la aristocracia y, en consonancia, de pautas de comportamiento, sumadas a la piedad, las prácticas devocionales, el cuidado de los hijos y la asistencia benéfica (Beceiro Pita, 1999, p. 44). Se puede extraer una gama relativamente amplia de virtudes adicionales del *Libro de las virtuosas e claras mujeres*, de don Álvaro de Luna, del *Tratado en defensa de las virtuosas mujeres* de Diego de Valera y del *Triunfo de las donas* de Juan Rodríguez del Padrón. En estos tres escritos se insiste en la laboriosidad y en los conocimientos de la elaboración de tejidos y, en menor grado, en el de los productos agrícolas y su transporte (Beceiro Pita, 1999, p. 50).

Es curioso como las reticencias eclesiásticas al estudio y el saber de las mujeres se disiparon, en general, cuando se trataba de mujeres que pudiesen tener acceso al poder (Beceiro Pita, 1999, p. 63). De hecho, tanto en los monasterios femeninos benedictinos como en los cistercienses debió de ser habitual criar a novicias, independientemente de que no siguieran después la vida religiosa (Beceiro Pita, 1999, p. 67).

En cuanto a conocimientos concretos, destacaban en su programa educativo rudimentos de latín necesarios para comprender los textos devocionales y, desde luego, el conocimiento de la lectura y la escritura, y las labores de aguja (Beceiro Pita, 1999, p. 65). Pero, además, el desarrollo de determinadas capacidades intelectuales como la lectura o la capacidad de administrar correctamente un dominio, constituían una vía alternativa para elevar el carisma personal que estaba al alcance de los individuos que,

como las mujeres, estaba excluidos a priori del arte de la guerra (Tomás Faci, 2014, p. 48).

De hecho, la realidad es que las mujeres de la aristocracia no serán ajenas a la cara más violenta del tiempo en el que vivían, y por ello se habla también de que debían ser capaces de defender el castillo y prever lo necesario para su defensa. Debían tener, pues, nociones de estrategia militar, pero sobre todo ser prudentes para tomar las precauciones necesarias para que no faltase abastecimiento. Es importante subrayar las tareas de mantenimiento, de previsión y de organización del ámbito doméstico (Vinyoles Vidal, 2012, p. 188).

Evidentemente, al recibir una educación tan exhaustiva, no es extraño pensar que en torno al año 1000, una mujer pudiera tener encomendado un feudo, hacerse cargo de una fortaleza, cumplir las obligaciones que ello comportaba y percibir los derechos pertinentes tras haber jurado fidelidad al señor o a la señora eminente, ya que las mujeres de la alta nobleza también podían poseer los derechos sobre castillos propios y recibían juramento y homenaje de quienes custodiaban sus castillos (Vinyoles Vidal, 2012, p. 177).

Respecto de la mujer tenente aragonesa, como titular de una o varias tenencias, conviene precisar algunos extremos y es que, según Lacarra, aunque ya en el siglo XI las viudas o las mujeres solteras de la familia real recibían honores, cuya tenencia entregaban a un noble que las detentaba en su nombre, fuera de estos casos, el hecho es excepcional en esta época (Ubieto Arteta, 1975, p. 52). Esto se debe a que, a la muerte del marido, lo usual era que el rey delegara el poder en otro noble, bien un descendiente del anterior u otro perteneciente a un linaje diferente.

Uno de los pocos casos documentados del siglo XI en el reino de Aragón es el de Lopa en Albergo Bajo (Ubieto Arteta, 1975, p. 54), tras la muerte de su marido Fortún Sanchez de Lasavosa, tenente del mencionado lugar, en 1097. Esta aristócrata también será tenente de Albergo Alto hasta 1136, según Federico Balaguer, para quien debe ser madre de Lope Fortuñones (III) de Albergo, circunstancia constatada en un documento del 16 de junio de 1136: “matre de Lope Fortuniones in Albergo” (Ubieto Arteta, 1975, p. 54).

También accederá a la titularidad de una honor en el siglo XI Jimena de Binacua, condesa, que aparece como tenente de Nocito en diciembre de 1046. A su vez, será esposa de Lope Garcés (I), tenente de al menos doce tenencias navarro-aragonesas en la segunda mitad del siglo XI (Ubieto Arteta, 1975, p. 54).

Un caso particular en este aspecto que merece la pena comentar es el de Sancha de Aragón. Sancha, hija de Ramiro I, nacida hacia el 1045, casó cuando ya tenía unos 18 años con el conde de Urgell Ermengol III, que era ya conde en el año 1038 y que murió en 1065. Viuda a los veinte años, la encontramos primero actuando en Urgell, al lado de su hijastro, y posteriormente de regreso a su Aragón natal se retiró al monasterio de Santa Cruz de la Serós, el monasterio femenino más antiguo de Aragón, aunque no entró a este como abadesa, sino como administradora de las rentas y las tierras del monasterio (Vinyoles Vidal, 2005, p. 17). Sin ser la abadesa, un cargo de gestión reservado a mujeres de otros linajes nobiliarios, Sancha tuvo a su cuidado a las monjas, lo que le confirió un

estatus especial (Laliena Corbera, 2014, p. 23). No quedó encerrada en la clausura, sino que la encontramos interviniendo en los conflictos políticos de su tiempo, e incluso parece que llegó a administrar personalmente las rentas de la diócesis de Pamplona tras la dimisión de su hermano García, que ocupaba ilegalmente la sede, y hasta la elección de un nuevo obispo (Vinyoles Vidal, 2003, p. 16). Si por algo nos interesa esta mujer en este apartado, es porque doña Sancha será tenente de Atarés (1083), de San Urbez (1074), de Santa Cruz de la Serós (1074 a noviembre de 1094) y de Siresa (septiembre de 1082 a diciembre de 1095) (Ubieta Arteta, 1975, p. 56).

A pesar de que uno de los objetivos de este trabajo es revertir esa larga tradición de calificar como “excepcionales” a las mujeres poderosas, sí que es cierto que el caso particular de doña Sancha es inédito, entendiéndola como excepcional en el contexto de que no va a aparecer ninguna mujer con el título de tenente en el siglo XI con tanta frecuencia. Por otro lado, si bien cierto que poner de manifiesto la extraordinaria capacidad que llevó a ciertas mujeres a alzarse entre los de su tiempo es un deber, también puede al mismo tiempo revestirlas de cierta excepcionalidad, ensombreciendo al resto de mujeres que ejercieron labores similares. Probablemente, el hecho que haya supuesto que doña Sancha haya sido más tratada y valorada que el resto de mujeres de la nobleza sea porque se trata de un miembro de la familia real y, por ello, quizá hemos de considerarla como un caso aparte.

De estos ejemplos se puede deducir que hay situaciones donde la mujer ostenta la titularidad de alguna o algunas tenencias. El hecho de que a lo largo del siglo XI no aparezcan generalmente como titulares, no quiere decir que estén al margen de las labores propias de tal cargo, ya que la realidad será bien diferente. Sin embargo, dejaré el desarrollo de este tema para el siguiente apartado centrado en la unidad conyugal como eje del dominio feudal. Por el contrario, la mujer accederá al sistema de las honores en Aragón con carácter generalizado, normalmente por transmisión hereditaria, durante el siglo XII, y es que, a medida que se acentúe esa tendencia hereditaria de las tenencias con carácter general, los casos de mujeres que actúan como tenentes son más corrientes.

Agustín Ubieta, en su trabajo *Aportación al estudio de la “tenencia” medieval: la mujer “tenente”*, localizó nueve mujeres tenentes en Aragón durante el siglo XII, siendo su momento álgido de acceso a la tenencia durante el reinado de Alfonso II (1162-1196). Igualmente, destaca que la ubicación de las tenencias que les son encomendadas se sitúa en la retaguardia del reino, dadas las fechas en que las rigen (Ubieta Arteta, 1975, p. 52). Para dar una visión general del acceso al mando de las tenencias por parte de las mujeres aragonesas, voy a mostrar una nómina sistematizada, ordenada por orden alfabético, extraída de la mencionada obra de Agustín Ubieta.

MUJERES AL FRENTE DE TENENCIAS SEGÚN UBIETO ARTETA		
TENENTE	TENENCIA	CRONOLOGIA
Balenza	Alcolea, Peralta de Alcofea, Torres de Alcandre y Arniellas	Desde mayo de 1178

Guillerma, condesa de Castellazuelo	Castellazuelo	Abril de 1176 - Mayo de 1199
Maria, vizcondesa del Bearn	Canfranc	Agosto de 1170
	Jaca	Abril de 1170
Mayor	Grisén	Marzo de 1178
“Mujer de Castán”	Biel	Junio de 1137
Sancha de Abiego	Abiego	Abril de 1181
Sancha de Lizana	Angües	1161 - 1173
Talesa, vizcondesa del Bearn	Apiés	Junio de 1136
	Atarés	Marzo de 1144
	Borja	1151
	Huesca	Septiembre de 1134
	Lienas	Junio de 1136
	Uncastillo	Septiembre de 1134 - Junio de 1136
	Zaragoza	1º de octubre a noviembre de 1134, y 2º en julio de 1135
Teresa Rodríguez	Huesca	1139 - diciembre de 1141
	Jaca	Junio de 1139 - Diciembre de 1146
	Ricla	Abril de 1144 - Diciembre de 1146

La tabla hace referencia tan solo a unos ejemplos de los recurrentes casos de mujeres al cargo de tenencias, pues en la sombra este proceso se dará todavía más. Que la mujer accediera a la tenencia a lo largo del siglo XII pudo venir favorecido, sin duda, por el hecho de que el original oficio público de las honores estaba empezando a transformarse en uno de índole privado, quedando asociado más a la familia aristócrata que a la *terra regni*. Sin embargo, es evidente que este acceso a la titularidad no aparece de la nada, sino que viene a confirmar que anteriormente las mujeres de la nobleza aragonesa ya eran capaces de desarrollar este tipo de funciones propias de su orden social.

En este sentido, me parece interesante valorar la teoría de Nancy Chodorow, psicóloga y psicoanalista estadounidense, que decía que el ser criadas por mujeres garantizaba que las hijas hicieran a su vez de madres y que los hijos esquivasen este rol. Esta asimetría garantizaría a su vez, siempre en opinión de Chodorow, la desigualdad entre géneros, es decir, la inferioridad de lo femenino y no solamente la diferenciación entre ellos (Rivera Garretas, 1990, p. 75). Sin ánimo de entrar en este debate, me parece interesante aprovechar esta afirmación, en tanto que, si Chodorow estuviera en lo cierto, de la misma forma que las mujeres hubieran heredado la labor de la crianza y educativa de sus madres, y se lo habrían transmitido de la misma forma a sus hijas, habría sucedido lo mismo con los roles como administradoras y gestoras de dominios feudales en la Plena Edad Media, confirmando que lejos de ser anecdótica esa presencia femenina al cargo de tenencias era

consecuencia de una posibilidad real, que estaba contemplada desde el momento en el que nacían.

3. ESPOSAS Y TENENTES: LA UNIDAD CONYUGAL COMO EJE DEL DOMINIO FEUDAL

3.1. Roles atribuidos a las mujeres en el seno de las relaciones familiares

Heide Wunder, en su obra *He is the Sun, She is the Moon* hizo un análisis de la creciente importancia a partir del siglo XI del hogar como unidad económica centrada en la pareja de trabajo. Presentaba un argumento persuasivo de que el matrimonio era emancipatorio para ambos cónyuges, confiriéndoles el estatus de la edad adulta e independencia económica. Según Wunder, trabajando juntos, los cónyuges pudieron liberarse de su posición de dependencia en hogares extensos y en propiedades señoriales (Strasser, 1999, p. 1115). De hecho, Wunder señala que solo en el siglo XIX las jerarquías de género dentro del hogar superaron la dependencia económica recíproca hasta tal punto que las mujeres fueron relegadas a la domesticidad y excluidas del poder institucional público (Strasser, 1999, p. 1116).

Este concepto historiográfico de parejas de trabajo lo podemos extrapolar al reino de Aragón plenomedieval, donde el núcleo fundamental del universo de las relaciones familiares contempladas por el Fuero de Jaca lo constituían un hombre y una mujer que se vinculaban mediante un compromiso que daba origen a una nueva familia, es decir, una pareja unida por matrimonio legítimo (García Herrero, 2004, p. 242). Pero, ante todo, la familia se entendía como una unidad de producción, y esto se daba en todos los estratos sociales, si bien, en función del grupo al que pertenecían, las labores variaban.

A través del matrimonio, el dominio sobre ciertas posesiones podía pasar a manos femeninas por parte del marido como dote marital (Vinyoles Vidal, 2021, p. 179). De hecho, según el Fuero de Jaca, el marido debía dotar a la noble de tres heredades si las poseía o si las llegaba a poseer más adelante (García Herrero, 2004, p. 244), tierras de las cuales estas mujeres eran las últimas responsables. Además, la independencia de la esposa al cargo de ciertas propiedades se veía garantizada por la ley visigoda que garantizaba la libertad a ambos miembros de la pareja para administrar los bienes que poseían antes del matrimonio (Pascua Echegaray y Rodríguez, 1999, p. 43).

En el caso particular de las tenencias, al tratarse de feudos delegados y, por tanto, a priori, de “oficios públicos”, gracias al *consortium* las mujeres pudieron ejercer la autoridad pública, la *potestas*, cuando los hombres estaban ausentes (Pascua Echegaray y Rodríguez, 1999, p. 49). De hecho, generalmente cuando el rey repartía las honores, lo hacía para recompensar servicios o para garantizar la dependencia feudal de caballeros de la nobleza. Estos, evidentemente, estaban casados, y en ese sentido pasaban a formar parte de una unidad doméstica. Por ello, la mujer no aparecerá explícitamente en las concesiones de honores, porque lo que se pretende es subrayar la relación vasallo-señor. En términos de la titularidad de la tenencia, esta será del marido, pero esas explotaciones lo eran de los dos.

Al hilo de lo anterior, un aspecto interesante de la foralidad aragonesa era que los bienes inmuebles adquiridos por título oneroso o mediante el trabajo de cualquiera de los cónyuges durante el matrimonio, eran comunes (Garicia Herrero, 1993, p. 156). Es decir, tanto los bienes inmuebles que podía comprar un miembro de la pareja, o los feudos que podían ser delegados a uno de ellos (normalmente a él), en realidad pertenecían a ambos, lo que explica la importante presencia que adquieren las esposas rigiendo feudos junto con sus maridos, en su ausencia o tras la muerte de estos.

3.2. Parejas de trabajo

Después de toda esta información, no es difícil pensar que las mujeres de la nobleza, y en este caso concreto las que estaban directamente relacionadas con varones que ostentaban el título de tenentes, también actuaron conjuntamente con estos cuando se encontraban en sus dominios. Solo con echar un vistazo a la documentación que se ha conservado percibimos la presencia femenina, ya que las mujeres no solamente están, sino que además se hacen oír. En la documentación utilizada para este trabajo, surgen numerosos casos en los que las mujeres, junto a sus maridos, llevan a cabo acciones de compraventa, permutas, donaciones en vida a instituciones eclesiásticas e incluso pactos de vasallaje.

Pero antes de dar comienzo al análisis de estas mujeres de la aristocracia, considero pertinente añadir que para entenderlo hay que tener en cuenta los efectos de la documentación, es decir, la aleatoriedad de los documentos conservados, que genera como consecuencia que poseamos una visión parcial de la documentación que en realidad se debió producir. Es decir, no podemos pretender establecer porcentajes de cuántas mujeres aparecen en la documentación, ni de cuantas de ellas aparecen actuando junto a sus maridos o en la ausencia de estos porque, probablemente, muchos de esos documentos no se encuentran a nuestro alcance. Sin embargo, las largas listas que vamos a ver a continuación sí que transmiten una sensación de que estas mujeres trabajaron activamente durante toda su vida en la gestión y administración de patrimonios fundiarios.

En el siglo XI, son muy numerosas las mujeres que aparecen junto a sus esposos tenentes llevando a cabo este tipo de contratos. Es llamativo que varios de estos documentos, concretamente los correspondientes a Blasquita de Biniés, Onneca y Sancha, esposa de Oriol Iñiguez, también se repiten en la documentación regia de Ramiro I.

TENENTES	TENENCIA	CRONOLOGIA	FUENTE
Aznar Garces y Onneca		1046	Ubieto Arteta, 1963, 92, Viruete Erodzáin, 2013, 13
Garcia Aznarez y Gayla		1055	Ubieto Arteta, 1963, 117

Iñigo de Estaún y Oria	“ <i>senior in Astaone</i> ”	1061	Viruete Erodzáin, 2013, 153
Jimeno Garces y Sancha	Ara, Leguín, Senegüe	1057	Viruete Erodzáin, 2013, 116
Jimeno Iñiguez y Urraca Jimenez		1046	Ubieta Arteta, 1963, 90
Lope Sanchez y Jimena	Luesia	1056	Ubieta Arteta, 1963, 125
Oriol Iñiguez y Sancha		1056, 1059	Ubieta Arteta, 1963, 152;153, Viruete Erodzáin, 2013, 136
Sancho Aznar de Bagon y Andregoto	Ainiello, Biescas, Castejón de Sobrarbe, Perrarúa, San Esteban, Secorún, Senegüé	1058, finales del s. XI	Ubieta Arteta, 1963, 147, Martín Duque, 2004, 70
Sancho Fortuñones y Blasquita de Biniés	Ara, Secorún	1049,1056, 1056-1064	Ubieta Arteta, 1963, 98;126;175, Viruete Erodzáin, 2013, 61;102;209
Sancho Galindez y Urraca	Atarés, Boltaña, Luesia, Sos	1062-1064	Viruete Erodzáin, 2013, 171;173;176;183;185;198;203;204;205;207

Los tenentes que aparecen con la casilla correspondiente a sus tenencias en blanco se debe a que, o bien no he podido localizar qué tenencias ostentaron, a pesar de que en los documentos figuran como *seniores*, o bien en el momento de producción del documento no ostentaban ninguna de ellas, a pesar de que anterior o posteriormente sí que lo hagan (sucederá lo mismo con los tenentes en el siglo XII). Además, aparecen toda una serie de nobles, que tampoco podemos descartar que fuesen de la alta nobleza, sin embargo, al no aparecer con el calificativo *senior* o no haber podido corroborar su presencia en una tenencia dada la problemática que genera la homonimia del periodo, los he situado en un apartado diferente.

NOMBRE	CRONOLOGIA	FUENTE
Ato Galindez y Engilia	1064-1076	Martín Duque, 2004, 70
Ato Galindez y Sancha	1044-1061	Viruete Erodzáin, 2013, 157;158;159;161;162;163;166;167

Conde Raimundo y Valencia	1073	Corral Lafuente, 1983, 260
Galindo Iñiguez y Urraca	1064	Canellas López, 1976, 37
Iñigo Lopez y Toda Ortiz	1053	Ubieto Arteta, 1963, 107
Jimeno Aznarez de Baon y Toda	1060	Viruete Erodzáin, 2013, 142
Lope Fortuñones y Adolina	finales del s. XI	Martín Duque, 2004, 115
Sancho Iñiguez y Urraca	1074	Canellas López, 1976, 62;63

En la centuria siguiente, el número de mujeres que aparecen junto a su marido mientras este ostenta alguna honor se reduce significativamente, aunque como he comentado en la introducción, esto no quiere decir que se vieran alejadas de las actividades que realizaron en la centuria anterior, sino que en la documentación que he trabajado su presencia disminuye, probablemente a consecuencia de la problemática generada por la perfección de la cancillería real y el aumento del número de interlocutores, unido al hecho de que el sistema de tenencias está comenzando a adquirir cada vez un tono más hereditario y despojado de la connotación pública que le caracterizó en el siglo XI.

TENENTES	TENENCIA	CRONOLOGIA	FUENTE
Pere Ramón y Berta	Estada	1139	Martín Duque, 2004, 180
Fortuño Jimenez y Toda		finales s.XII	Kiviharju, 2004, 184

Por el contrario, el número de mujeres que actúan junto a su marido noble aumenta, por lo que deduzco que, probablemente, el calificativo de *senior* mediante el cual se denominaba al titular de una tenencia dejó paso poco a poco al apellido toponímico del lugar de procedencia de su patrimonio principal. Sin embargo, al no poder confirmar su presencia al frente de una tenencia, los sitúo al margen.

NOMBRE	CRONOLOGIA	FUENTE
Arnaldo de Eril y Sibilia	1188-1193	Sánchez Casabón, 1995, 595
Artaldo de Alagón y Toda	1170, 1199	Sánchez Casabón, 1995, 95, Alvira Cabrer, 2010, 213
Berenguer de Rocacorba y Sibila	1168	Sánchez Casabón, 1995, 57
Fortún de Orna y Mila	1182	Kiviharju, 2004, 125
Fortun Sanz de Vera y Felipa	1173	Cabanes Pecourt, 2017, 86

García Aznárez de Sangarrén y Oria de Asso	1167	Contel Barea, 1966
Guillem Adimar y Sicarda	1123	Lema Pueyo, 1990, 119
Guillermo de Zaragoza y Maria	1175	Cabanes Pecourt, 2017, 94;97
Jimeno y Sancha de Estada	1200	Martín Duque, 2004, 269
Juan Petriz y Toda	1176	Cabanes Pecourt, 2017, 103
Julián, hijo de Toda de Vilas, Pascuala	1206	Alvira Cabrer, 2010, 592
Lope de Bruñen y Toda	1179	Cabanes Pecourt, 2017, 143
Miguel Sanz y Mayor	1205	Cabanes Pecourt, 2017, 275
Mir Galín y Estefanía	1100	Ubieto Arteta, 1951, 160
Pedro Bigorra y Maria	1168	Cabanes Pecourt, 2017, 66
Fortún de Tena y Albira	1149-1161	Martín Duque, 2004, 200

Como podemos ver, ya sea alta o, en su defecto, media nobleza, las mujeres actúan junto a sus maridos, siendo muy numerosos los ejemplos de mujeres que intervienen en la compraventa y donación de tierras, es decir, que están incorporadas en la administración fundiaria. Pero es que, además, en un reino de Aragón en pleno proceso de expansión hacia el sur, los años de conquista de la Marca Superior abrieron a las aristócratas aragonesas la posibilidad de, en vida de sus maridos, controlar, gestionar y administrar grandes posesiones mientras el caballero titular del patrimonio se encontraba guerreando, y eso es precisamente lo que vamos a tratar en el siguiente apartado.

3.3. La autoridad femenina en contextos de ausencia marital

Una de las obligaciones del noble que ostentaba la titularidad de un castillo era hacer residencia continuada en este. Esta continuidad se aseguraba si residía allí con su esposa, de modo que era frecuente que los grandes señores o los mismos reyes entregasen la custodia de sus dominios a un matrimonio. Evidentemente, si el castillo se convertía en la residencia de una familia, se aseguraba la permanencia en el lugar y la continuidad de la ordenación del territorio basada en términos castrales, lo cual convenía a la política del Estado feudal (Vinyoles Vidal, 2012, p. 181).

En el caso de Aragón, los monarcas dependían considerablemente para hacer efectivas sus decisiones de gobierno de la benevolencia de estos clanes aristocráticos. La autonomía real estaba siempre constreñida por la firme presencia de estos linajes arraigados en las honores, convertidos en grandes propietarios locales y poderosos gracias al control de las fortalezas. Así pues, los monarcas y, especialmente, Pedro I (1094-1104), bajo el cual el reino crece espectacularmente, tenían que diseñar complicadas estrategias destinadas a mantener e incrementar su primacía frente al compacto poder local de los nobles (Laliena Corbera, 1996, p. 252).

Se esperaba de los barones lo siguiente: “y los seniores que tienen las honores reales, que sirvan por ellas al rey allí donde estuviera el cuerpo del rey tres meses cada año, entre la ida, la estancia en la hueste, y el retorno. Tres meses de presencia en el séquito del soberano y, especialmente, en su hueste de manera incondicional” (Laliena Corbera, 1994, p. 73). Por tanto, estos nobles que llevaban una vida terriblemente ajetreada junto al monarca, solo en época de paz se encontraban supervisando la administración de sus patrimonios (Utrilla Utrilla, 1999, p. 447).

Como hemos comentado, durante el reinado de Pedro I la dependencia del poder real sobre sus vasallos se incrementó fuertemente, y como consecuencia de ello el número de confirmantes de los documentos de Pedro I ronda el centenar, muchos de los cuales al margen de su importancia lo hacen de manera esporádica. Otros, sin embargo, rodean al soberano durante largas temporadas y aceptan prestar su consentimiento a sus decisiones, una confirmación que realza el valor de las concesiones insertas en los pergaminos. Con más de una docena de suscripciones constan diecisiete nobles, todos los cuales tienen honores de la máxima significación y constituyen el grupo dirigente del reino. Sobre ellos se alza una minoría que corrobora treinta o más veces las decisiones reales: Jimeno Garcés, Sancho Sánchez, Alfonso I, Orti Ortiz, Galindo Sánchez, Galindo Dat, Fortún Dat, Fortún López y Lope López (Laliena Corbera, 1996, p. 248).

De esa minoría selecta, cabe destacar a Lope López, teniente de Uncastillo, Ruesta y El Castellar, pero más bien no por su propia figura, sino por la de su padre, Lope Garcés, teniente de Agüero, Ara, Monclús, Murillo, Samitier, Ruesta, Uncastillo y Loarre que, durante treinta y cinco años, entre 1054 y 1089, acompañó a Ramiro I y Sancho Ramírez (Laliena Corbera, 1996, p. 251). La constante presencia de Lope Garcés junto a Ramiro I y Sancho Ramírez viene a confirmar que su esposa, Jimena de Binacua, será la que desempeñará el dominio de las tenencias que estaban delegadas a su marido en vida de este. Algo llamativo es que, en la documentación, como hemos señalado antes, Jimena también aparece como señora de Nocito, sin embargo, quizá simplemente era una forma de reflejar que, en ausencia de su marido, era ella quien ostentaba la titularidad de la tenencia en la práctica.

Es evidente que, en las más que frecuentes ausencias de tenentes, alejados de sus propiedades a consecuencia de sus deberes militares sirviendo al rey, alguna figura tuvo que alzarse para administrar y asegurar el normal funcionamiento de las propiedades que le habían sido delegadas por el rey junto al cargo de tenente. Por ello, las mujeres, que en la mayoría de los casos eran la persona de mayor confianza de los maridos, se erigían como las principales sustitutas en ausencia de estos para administrar sus dominios y asegurar la prosperidad de la tenencia. Esta teoría la refuerza el hecho de que, en la Edad Media, fue bastante habitual que los cónyuges firmaran “pactos de hermandad”, de los cuales se cuentan con numerosos casos documentados del siglo XV aunque esta práctica debió ser iniciada ya centurias atrás, en virtud de los cuales se convertían en copropietarios de los bienes de sus respectivos cónyuges y se comprometían a no venderlos ni enajenarlos sin el consentimiento del otro (Agradezco a la profesora Concepción Villanueva Morte que me facilitara tal información).

Las mujeres eran las responsables del orden doméstico y de la paz del hogar, que en este caso era el castillo. Cuando una familia recibía en feudo un castillo y su término, esta casa pasaba a ser la residencia y símbolo de la familia. En las largas ausencias de su marido, la señora se colocaba al frente de la administración de las rentas de las que dependía el bienestar de la familia y, sobre todo, los gastos que permitían al caballero mantener su rango y sostener sus luchas (Vinyoles Vidal, 2012, p. 176). Y todo ello sin entrar en contradicción con el tradicional discurso de la domesticidad, que situaba a las mujeres en la esfera de lo privado, dado que, el feudo, o el patrimonio familiar, se consideraban un vasto espacio privado, donde la mujer aristócrata tenía enormes posibilidades de actuación sin cuestionar los pilares patriarcales de la sociedad.

Los rollos de la contabilidad señorial transmiten igualmente el papel relevante de las mujeres nobles en la administración de los dominios, pues ellas tenían que saber cómo administrar sus estados teniendo en cuenta que sus esposos se encontraban con frecuencia ausentes de sus tierras: debían conocer su valor, rentas, gastos, los ritmos de las cosechas, saber cómo elegir a sus servidores, tener un conocimiento básico de la ley y ser capaces de defender sus intereses y posesiones no solo en los tribunales sino también, si fuera necesario, con la fuerza de las armas (Rodríguez, 2016, p. 318). De hecho, en la obra ya citada de Christine de Pizan, *Le livre des trois vertus*, se hace mención expresa a esta cuestión; “como que los nobles, caballeros y escuderos salen de viaje y hacen las guerras, conviene a las mujeres ser sabias para gobernar bien y con claridad todo lo que hacen, ya que a menudo están en sus castillos sin sus maridos, que se encuentran en la corte o en tierras lejanas” (Vinyoles Vidal, 2012, p. 175).

El caso del reino de Aragón de los siglos XI y XII no es ninguna excepción. Para demostrar tal hecho, al igual que en las tablas anteriores, he trabajado la documentación mencionada en la introducción, elaborando la siguiente tabla de mujeres de la aristocracia que aparecen bien referidas como *donna*, como esposas de miembros de la clientela regia o llevando a cabo actividades económicas de magnitudes considerables.

NOMBRE	CRONOLOGIA	FUENTE
Andrea Habib	1169	Sánchez Casabón, 1995, 67
Blasquita, esposa del teniente Ato Garcia	1036	Ubieto Arteta, 1963, 68
Blasquita de Ballarán	1036	Viruete Erodzáin, 2013, 6
Blasquita de Biniés	1098, 1110-1113	Ubieto Arteta, 1986. 21;27
Elvira de Urgell	1205	Alvira Cabrer, 2010, 524
Francisca	1199	Ubieto Arteta, 1966 (II), 16
Geralda, esposa de Pedro Puigvert	1188	Sánchez Casabón, 1995, 447;471
Guincha de Escuaín	1106	Lema Pueyo, 1990, 9
Guillerma de Montcada	1205	Alvira Cabrer, 2010, 505
Jimena Jimenez	1057	Ubieto Arteta, 1963, 141

Jordana	1163	Kiviharju, 2004, 90
Lopa	1065-1076	Canellas López, 1976, 66;67
Maria de Bearne y Gascona	1170, 1173	Sánchez Casabón, 1995, 85;155
Maria de Bruñé	1176	Cabanes Pecourt, 2017, 106
Maria Narbona	1198	Alvira Cabrer, 2010, 143
Mayor	1165	Cabanes Pecourt, 2017, 52
Oria (I)	1076	Canellas López, 1976, 68
Oria (II)	finales del s. XI	Kiviharju, 2004, 182
Oria (III)	finales del s. XII	Ubieto Arteta, 1966 (I), 21
Ordoña	1146	Kiviharju, 2004, 64
Poncia de Canfranc	finales del s. XII	Kiviharju, 2004, 206
Toda (I)	1054	Viruete Erodzain, 2013, 84
Toda (II)	1054, 1056	Ubieto Arteta, 1963, 114;132;133
Toda (III)	1120	Canellas López, 1976, 112
Toda, hija de Garcia Jiménez	1167	Kiviharju, 2004, 98
Toda, hija del tenente Fortún Iñiguez	1098	Ubieto Arteta, 1986, 20
Toda, hija del tenente Sancho Aznar	1107, 1109	Lema Pueyo, 1990, 24, Martín Duque, 2004, 141
Toda, mujer de Guillermo de Castel	1177, 1182	Cabanes Pecourt, 2017, 123;170
Toda, mujer del tenente Garcia Fortuñones	1063-1085	Canellas López, 1976, 75
Toda de Bandaliés	1094-1096	Ubieto Arteta, 1951, 157
Toda de Vera	1177	Cabanes Pecourt, 2017, 119
Toda de Vilas	1094-1118	Canellas López, 1976, 98;99;100;101
Toda Pérez	1169	Sánchez Casabón, 1995, 71
Tota, hija de Ramón Sonier y Blasquita	1117	Martín Duque, 2004, 143
Sancha	1048	Ubieto Arteta, 1963, 97
Sancha, esposa de Oriol Iñiguez	1066-1068	Canellas López, 1993, 7
Soria	1174	Cabanes Pecourt, 2017, 89
Urraca, mujer de Guillermo de Benavent	1201	Martín Duque, 2004, 270
Urraca, mujer de Sancho Maza	1124-1155	Kiviharju, 2004, 20
Urraca de Binué	1124-1155	Kiviharju, 2004, 158;164;198

Como he comentado antes, presupongo que se trata de mujeres de la media-alta nobleza debido a que, en primer lugar, todas y cada una de ellas aparecen con el calificativo de *donna*, el cual, para esta época, estaba reservado para mujeres de la clase privilegiada y, en segundo lugar, debido a la cantidad o recurrencia de sus contratos.

Considero digno de mención el documento en el que aparece María del Bearne, bisnieta de Tulesa de Aragón, que ejercerá la titularidad del vizcondado tras la muerte de su hermano mayor, Gastón V. En el citado documento, María aparece solicitando la interlocución regia ante un pleito con una institución eclesiástica y, de alguna manera, Alfonso II actúa para que sea reconocida la autoridad de esta mujer. Estamos viendo por tanto cómo se produce una relación vasalla-señor de la misma forma que se produciría en una relación donde ambos miembros fueran varones (Documentos de Alfonso II, 155).

De todas las mujeres aristócratas que aparecen en esta lista, hay varias que, anteriormente, hemos visto realizando labores junto a sus maridos, los cuales figuran como tenentes o simplemente son aristócratas que no he logrado clasificar. Sin embargo, no es necesario reconstruir las redes familiares que pudieron tener estas mujeres para ver cómo realizaron actuaciones propias de la categoría social que ostentaban con total libertad, al igual que sus maridos. Cabe mencionar que, seguramente, sea más que probable que alguna de estas mujeres fuera viuda en el momento de creación del documento, pero ante la imposibilidad de saberlo a ciencia cierta, dado que muchas de ellas, como he comentado, no he podido relacionarlas con sus maridos, las he incluido en este apartado.

Sin embargo, sí que voy a detenerme en un caso particular, que ya cité anteriormente, y es la figura de Tulesa de Aragón. Si bien se trata de una mujer excepcional, al estar tan bien documentada pretendo con ella no realzar su figura y su singularidad, sino extrapolar su caso al del resto de mujeres de la aristocracia aragonesa, aunque evidentemente fuese en una medida distinta.

Tulesa de Aragón, hija del conde Sancho Ramírez, fue esposa del vizconde de Bearne, Gastón IV, desde 1085 hasta su muerte en 1130. Al morir Gastón IV, Tulesa ocupó la jefatura de la casa de Bearne. Su herencia paso a su hijo Céntulo que murió poco después (1134), y con ese motivo todos los bienes y derechos recayeron en la vizcondesa doña Tulesa. Sin embargo, ya de forma previa, entre 1096 y 1101, mientras su marido Gastón IV participaba en la Primera Cruzada, Tulesa ya se había ocupado del gobierno de Bearne. Lo mismo hizo más tarde durante las frecuentes y largas estancias de su marido en Aragón (Balaguer Sánchez, 1952, p. 88).

Es decir, doña Tulesa desde muy pronto debió de tener que enfrentarse a las duras responsabilidades del gobierno. De hecho, en un documento de 1101 que habla de la vuelta triunfal de Gastón, se puede apreciar que a doña Tulesa se debió, especialmente, la instauración de la canónica agustiniana en la catedral de Lescar. Este papel activo no lo perdió en ningún momento de su vida, pues hasta sus últimos años aparece realizando concesiones de tierra (Balaguer Sánchez, 1952, p. 85).

Es importante señalar que, dentro de la gestión y administración de dominios, uno de los aspectos en los que más destacaron las mujeres de la aristocracia en general fue en las

labores piadosas. Durante la Edad Media, las damas cumplieron un papel ideológico decisivo: el señorío no se presentaba como un sistema de poder, sino como un vínculo familiar en el que los titulares actuaban como padres de sus súbditos. De acuerdo con esta visión, los tributos pagados debían ser contemplados por los habitantes del dominio como parte de un circuito que revertía para ellos en la beneficencia (Beceiro Pita, 1999, p. 47). En esa tarea piadosa que iba asociada a la gestión del señorío, las mujeres de la aristocracia jugaron un papel crucial y, como consecuencia de ello, las mujeres aparecen en la documentación eclesiástica aragonesa recurrentemente concediendo donaciones de tierras que iban a parar a instituciones religiosas.

Pero no solo llevaron a cabo donaciones, dado que las aristócratas de mayor grado, es decir, las pertenecientes a la alta nobleza, también crearon instituciones religiosas, como fue el caso de Oria, condesa de Pallars, una dama catalana fuertemente vinculada con el reino de Aragón, que fundó en 1173, todavía en vida de su marido, el monasterio de Casbas.

En conclusión, guerreros y nobles piden a sus esposas que sean sabias para gobernar los castillos en su ausencia. En este sentido, las damas son la llave del mantenimiento de la sociedad feudal y caballeresca, velan por el bienestar espiritual y material del hogar, dotan y fundan monasterios y hospitales, y se preocupan por la construcción de puentes y caminos. La mujer administra la economía doméstica, tanto si se trata de una casa de campo como de un castillo, controla la provisión de alimentos, su preparación y todo lo necesario para el bienestar del núcleo familiar (Vinyoles Vidal, 2003, p. 17). El hogar funcionó correctamente como unidad económica y ética bajo la tutela de marido y mujer, diferentes pero complementarios en su proyecto común de gestión de un feudo; marido y mujer ocupaban cargos públicos en una sociedad que consideraba el hogar como un escenario público político, y en esta capacidad ambos acumulaban derechos y autoridad comparables, aunque, evidentemente, estas nociones de “igualdad” y “público” no se corresponden con las concepciones modernas que tenemos hoy en día.

4. VIUDAS: LA PERVIVENCIA DEL DOMINIO Y LA CONTINUIDAD DEL LINAJE

El obispo de Lincoln, Robert Grosseteste escribió en 1240 un manual de gobierno para su señora la condesa de Lincoln, Margarette de Lacy, una de las nobles viudas más influyentes en los años 1240-1250. Grosseteste, al hilo de las condiciones de cambio y como síntoma del aumento de la profesionalidad a la hora de dirigir señoríos, que generó que se empezaran a compilar una gran variedad de manuales escritos para dar consejo sobre los métodos más efectivos para llevar a cabo esta tarea, redactó *Grosseteste's Rules*. Sin embargo, este manual era extremadamente inusual, al haber sido producido para las mujeres (Wilkinson, 2004, p. 296).

La producción de la obra de Robert Grosseteste pretendía claramente ayudar a la condesa de Lincoln a lidiar con la situación en la que se había encontrado después de 1245, cuando se hizo cargo tanto de la baronía de su madre como de sus propias tierras por primera vez. El tratado en sí estaba dividido en dos secciones: la primera parte de la regla se ocupaba del funcionamiento diario de los dominios, y la segunda lidiaba con la buena gobernanza de la vivienda en sí. Comenzaba con consejos sobre cómo la condesa podía reunir información detallada y fiable sobre sus dominios a través de informes. Las reglas ofrecían a Margarette de Lacy una guía detallada sobre cómo ella podía vivir de lo que producían sus tierras a lo largo del año (Wilkinson, 2004, p. 300).

Ella se puso en el centro de todas estas labores, personalmente, presidiendo y monitorizando todos los asuntos concernientes a su establecimiento doméstico y sus tierras, siendo citada como una viuda aristocrática y expresando y manifestando que todos sus contenidos se aplican igualmente a una mujer que a un *lord*. Las *Rule's* ofrecen un testimonio de que los señoríos y las administraciones de dominios eran dirigidas por damas viudas, constituyendo un foco tan importante para las comunidades locales en Inglaterra como lo eran aquellos dominios regentados por hombres (Wilkinson, 2004, p. 306).

4.1. La viudedad foral en Aragón

Un mundo como el feudal, en el que la administración de la casa nobiliaria implicaba una alta participación en la administración de los recursos políticos, dotaba en realidad a las damas nobles de la posibilidad de acceder a una autoridad considerable, ya que sus funciones domésticas, como viudas, incorporaban el control sobre recursos e instituciones fundamentales (Pascua Echegaray y Rodríguez, 1999, p. 43). Las viudas administraron a veces patrimonios enormes, actuaron como ejecutoras de los testamentos de sus esposos y defendieron los derechos e intereses propios y de sus hijos e hijas en los momentos de reorganización y debilidad patrimonial (Rodríguez, 2016, p. 318).

En Aragón, la viudedad foral era el derecho que el cónyuge tenía a disfrutar de los bienes privativos del cónyuge premuerto y de la parte que a aquel correspondió en los bienes comunes, que se sumaban a sus propios bienes y a su mitad de los comunes. Esta sin embargo podía finalizar no solo por la muerte de la viuda, sino también al contraer matrimonio la viuda de nuevo (García Herrero, 1933, p. 157). La viuda supérstite quedaba habitualmente como dueña y heredera de la mitad de los bienes del esposo fallecido, y mantenía además sus propios bienes patrimoniales y la dote esponsalicia (Utrilla Utrilla, 1999, p. 449). Según el Fuero de Jaca, la disposición que obligaba a los maridos a dotar a su esposa de tres heredades si las poseía o llegaba a hacerlo intentaba asegurar que la aristócrata pudiera mantenerse en su viudez con dignidad y conforme a su estado, con margen suficiente para gestionar el patrimonio familiar conforme a sus gustos y necesidades (García Herrero, 2004, p. 245).

En la línea de esta disposición, es interesante un documento del Cartulario de Santa Cruz de la Serós, que precisamente pone en relieve este hecho. En él, aparece el vizconde Geraldo Poncio, que toma como esposa a doña Estefanía, y le da los castillos de Artesa, de Segrem Bellmunt y otros. La disposición *Hoc dono tibi totum abd integrum, ea convencione ut tu abeas et teneas et possideas in vita tua cum omni honore et dignitate* recalca que, mientras estuviera casada y posteriormente viuda, estas posesiones iban a ser de su propiedad, a diferencia del usufructo vidual que solo lo será una vez fallecido su marido, lo cual tenía como principal objetivo no quedar a merced de este.

El usufructo de castillos por parte de las viudas les garantizaba una residencia y unas rentas para vivir dignamente sus años de viudez; también les daba la oportunidad de gobernarlos y custodiarlos. De hecho, las viudas ostentaron a menudo el título de su difunto marido y toda su autoridad como usufructuarias del difunto o tutoras de los hijos o nietos (Vinyoles Vidal, 2012, p. 179).

Además, el usufructo vidual podía ser modificado mediante la redacción de otros documentos. En este sentido, los derechos del viudo podían verse sensiblemente ampliados mediante la inclusión de determinadas cláusulas testamentarias. La tendencia habitual era que el cónyuge premuerto declárase herederos universales a los hijos del matrimonio, nombrando al viudo tutor y curador de las personas y bienes de los huérfanos, y ejecutor de su última voluntad. Con cierta asiduidad, se dispone en testamento que los viudos queden como herederos universales de todos los bienes del matrimonio. Las mujeres beneficiarias de este tipo de declaraciones no actuaban por tanto como usufructuarias, sino como señoras y poderosas (García Herrero, 1933, p. 165). Esto se debe a que, de la misma forma que en virtud del *consortium* las mujeres ejercieron la *potestas* cuando sus maridos estaban ausentes, cuando eran viudas, tenían hijos menores y no se habían vuelto a casar también lo podían hacer. De hecho, las hijas también heredaban la *potestas* si no había hijos varones (Pascua Echegaray y Rodríguez, 1999, p. 50).

Los herederos del premuerto se encontraban constreñidos por la viudedad, pues, mientras duraba el usufructo, no podían disponer de los bienes que les pertenecían por herencia (García Herrero, 1933, p. 158). Es por ello que encontramos a las viudas de miembros de

la nobleza en gran cantidad de documentos aragoneses efectuando todo tipo de actividades contractuales.

Evidentemente, las mujeres viudas no se convirtieron inmediatamente tras la muerte de su esposo en poseedoras de conocimientos para gestionar sus propios dominios por arte de magia, sino que esto refleja el hecho de que, a lo largo de sus vidas, fueron adquiriendo y poniendo en práctica aquellos conocimientos que aprendieron desde pequeñas, primero a lo largo de su matrimonio, y después en su etapa de viudedad. Además, las viudas, como mujeres nobles, pudieron gobernar sus tierras según sus propios intereses durante largos periodos de tiempo, dado que las aristócratas normalmente casaban jóvenes en matrimonios concertados con esposos que eran por norma general mucho mayores, teniendo por tanto unos periodos de viudedad extensos.

La única diferencia entre el periodo vidual y las labores que llevaron a cabo en las ausencias de sus maridos o junto a estos estribaría en que el estatus de viuda daría a las mujeres más independencia jurídica para ejercer un poder formal.

4.2. Mujeres viudas entre los sectores aristocráticos aragoneses

De la misma forma que actuaban junto a sus maridos o en los periodos de ausencia de estos, las mujeres viudas aragonesas también fueron partícipes de las labores propias de la aristocracia aragonesa. Como he comentado a lo largo del trabajo, desde su periodo de formación hasta su etapa marital, fueron importantes agentes en la gestión y administración de patrimonios fundiarios, por lo que, vistos los beneficios legales que recibían las viudas aragonesas, no es extraño que también en esta etapa de su vida aparezcan en la documentación plenomedieval.

NOMBRE	CRONOLOGIA	FUENTE
Berta, viuda de Pedro Raimundo	1156	Martín Duque, 2004, 194
Elvira, viuda de Ponz de Bigoz	1178	Cabanes Pecourt, 2017, 131;132
Sancha, viuda de Galindo Jimenez	1202	Contel Barea, 1966, 49
Toda, viuda de Restal de Canfranc	1116-1121	Lema Pueyo, 1990, 106
Toda, viuda de Tizon	1134	Lema Pueyo, 1990, 281
Tota, viuda de Petro Brocardi	1108	Martín Duque, 2004, 140

Es interesante el caso de Toda, viuda de Tizón, ya que esta recibe por parte del rey una posesión real. Aunque había sido dada a su marido en un inicio, ahora pertenecía a Toda. Esto pone en valor un aspecto crucial, que a su vez considero que debería ser fruto de futuras investigaciones, y es el papel que tuvieron las mujeres de la aristocracia aragonesa en el paso del feudo al señorío como garantes y depositarias de las heredades de sus difuntos maridos, que en última instancia repercutirían en sus hijos.

Me parece necesario señalar también una cuestión acerca del descenso de la presencia femenina en la documentación aragonesa cuando se trata de mujeres viudas. Y es que considero que la razón principal por la que el número de viudas decrece se debe especialmente a que no todas las mujeres aparecen como “viudas” de un aristócrata o señor, por lo que es posible que varias de las mujeres que aparecen en la lista del apartado anterior llevando a cabo actividades económicas en ausencia de sus maridos ya fueran viudas.

Sin embargo, poseemos dos casos especialmente bien documentados, que voy a utilizar como paradigma para tratar la viudedad aragonesa aunque, evidentemente, se trate de dos casos un tanto excepcionales, la primera por pertenecer a la familia regia, y la segunda por haber estado envuelta en conflictos bélicos durante gran parte de su viudedad.

La primera de ellas es una dama aragonesa que ya he tratado anteriormente. Efectivamente, me refiero a Talsa de Aragón. Tras la muerte de su marido Gastón IV en 1130 y su hijo Céntulo poco más tarde en la Batalla de Fraga (1134), todos los bienes y derechos recayeron en la vizcondesa. Durante esta etapa vidual, Talsa fue tenente de Apiés (junio de 1136), Atarés (marzo de 1144), Borja (1151), Huesca (septiembre de 1134), Lianas (junio de 1136), Uncastillo (de septiembre de 1134 a junio de 1136) y Zaragoza (1º, de octubre a noviembre de 1134, y 2º, en julio de 1135), y participará de una manera muy activa en la vida política del reino aragonés durante los reinados de Alfonso I y Ramiro II, perdiendo y recuperando varias veces las posesiones y señoríos de su esposo; hacia 1142 recupera casi todos los bienes perdidos, por ejemplo, los señoríos de Apiés y de Lianas, pero no los señoríos de Zaragoza y Uncastillo (Ubieto Arteta, 1975, p. 58).

Pero además de llevar a cabo la gestión y administración de toda una serie de feudos, también tomó un papel activo en los acontecimientos políticos que asolaron Aragón tras la muerte de Alfonso I. La vizcondesa Talsa se colocó en contra de Ramiro II en la revuelta nobiliaria de 1136. El levantamiento militar de Uncastillo lo lleva a cabo un noble bearnés, que tenía la fortaleza por la vizcondesa, por lo que parece lógico suponer que fue esta la verdadera responsable del levantamiento. Confirma esto el hecho de que fuera sustituida en la tenencia de Uncastillo una vez dominada la revuelta (Balaguer Sánchez, 1952, p. 103).

Pero si por algo nos interesa la viudedad de Talsa, es porque lejos de limitarse a regir el vizcondado mientras su marido estaba guerreando en Tierra Santa o Aragón, su poder se extenderá más de dos décadas tras la muerte de este, ejerciendo las funciones propias de un señor por encima de su hijo Céntulo VI, y tras la muerte de este sobre su nieto Pedro

III. Ambos ostentarán el título de vizcondes de Bearn: Céntulo VI entre 1130-1134 y Pedro III entre 1134-1153; pero la que llevará a cabo la administración del mismo hasta la fecha de su muerte será la vizcondesa Talesa.

En segundo lugar, también llama la atención el caso de Toda de Castarlenas. Toda era hija de Endregoto de Asieso e Iñigo Sánchez, magnate aragonés cuya influencia se extendía por el valle del Cinca, documentado al frente de las honores reales de Monclús, Estada, Monzón o Calasanz entre 1080 y 1120. Considero pertinente señalar, aunque nos desviemos de Toda, la disposición testamentaria de Iñigo por la cual cedía el usufructo de la práctica totalidad del inmenso patrimonio conyugal a su esposa Endregoto mientras ella viviese (Tomás Faci, 2014, p. 39).

Volviendo a nuestra protagonista, esta casó con Berenguer Gombaldo alrededor de 1115, el cual desempeñó las tenencias de su padre en Capella, Castro y las pequeñas fortalezas de Benavent, Castarlenas, Portaspana o Lumbierre. Sin embargo, Toda quedó viuda en 1134 (Tomás Faci, 2014, p. 40).

A partir de este momento Toda se alza como la principal valedora del patrimonio de su difunto marido, y muestra de ello es que Guillermo de Capella, hijo de Toda y Berenguer, aparece siempre en la documentación en compañía de su madre, salvo en un documento en el que jura fidelidad a Ramón Berenguer IV. De hecho, Toda, con el objetivo de proteger sus derechos y los de su hijo bajo la autoridad del conde barcelonés, adoptó una estrategia autónoma frente a la familia Benavent (la familia de su difunto marido) que, en la práctica, suponía una ruptura con la misma (Tomás Faci, 2014, p. 42). Como consecuencia de ello casará en segundas nupcias con Ramón Berenguer, castellán de Ager, para tejer una nueva red de alianzas, eso sí, actuando con plena autonomía con respecto a su nuevo marido en sus documentos, y atrayendo a su fidelidad y servicio a una cohorte de señores ribagorzaones o urgeleses, tejiendo una red clientelar propia, lo que le supuso enfrentamientos en una guerra de bandos nobiliarios entre Toda y los tres principales linajes de la aristocracia de Ribagorza (Tomás Faci, 2014, p. 43).

Su dominio señorial era un mosaico de propiedades y derechos dispersos por Ribagorza, Monzón y la aldea de Asieso, de los que extraía un variado conjunto de rentas. Su principal posesión era Castarlenas, pequeño pueblo y fortaleza enclavados en un contrafuerte de la sierra de Laguarres que había creado su suegro, Gombaldo Ramón, tras la conquista de la región en 1078. En pueblos próximos como Castro, Aguilaniu o Juseu tenía otras posesiones, varias de ellas en calidad de concesiones precarias en nombre del rey o del conde de Pallars (Tomás Faci, 2014, p. 46).

Aunque la trayectoria vital de esta aristócrata se alejaba de lo probable en una señora en aquel contexto, se ajustaba perfectamente a lo posible; de hecho, la excepcionalidad radica en que el conflicto familiar dio visibilidad documental a un agente que, por lo general, permanece en la penumbra para el historiador (Tomás Faci, 2014, p. 48). Es por ello que, aunque probablemente no todas las viudas de miembros de la nobleza llevaron a cabo este tipo de actuaciones tan remarcables, sí que realizaron labores propias de una

verdadera señora feudal, administrando sus patrimonios, pero también creando redes de vasallaje, impartiendo justicia o incluso guerreando.

5. ABADESAS, PRIORAS Y SEÑORAS: LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS COMO FUENTES DE CAPITAL PARA LOS LINAJES ARISTOCRÁTICOS

Por último, hubo un sector de la aristocracia femenina que, a pesar de no poseer dominios familiares, estar al cargo de los de su esposo o disfrutar de ellos tras el fallecimiento de este, también estuvo implicado en la administración y gestión de inmensas posesiones. Este fue el caso de las abadesas y prioras de numerosos monasterios femeninos.

Y es que, en la Edad Media, formar parte del estamento eclesiástico no significaba abandonar los roles atribuidos desde la cuna. El grupo social del que procedían las abadesas y prioras era el de la aristocracia y, en este sentido, la Iglesia era un recurso al servicio de esta clase social del que sus miembros se servían para ejercer funciones propias de su estatus, no dejando por ello de pertenecer al mismo.

En el caso de Aragón, tres de los principales monasterios femeninos fueron Santa Cruz de la Serós, el monasterio de Santa María de Casbas y el Real Monasterio de Santa María de Sigüenza.

El monasterio de Santa Cruz de la Serós fue fundado por Ramiro I de Aragón entre 1059 y 1061, aproximadamente, fechas en las que aparece por vez primera documentado con credibilidad. En esta comunidad, vinculada indirectamente a los monjes de San Juan de la Peña, ingresaron las tres hijas del Ramiro I de Aragón: Sancha, Urraca y Teresa. La condesa Sancha fue, sin duda, la gran benefactora del cenobio, mediante numerosas donaciones en forma de propiedades fundiarias y señoríos. Sin embargo, tal y como hemos comentado antes, a pesar de que se ha identificado a la condesa Sancha como abadesa del monasterio, no figura como tal en la documentación, sino como *comitissa* o *domina*. El patrimonio señorial del monasterio de Santa María de Santa Cruz alcanzó su máxima extensión en 1188, fecha de la fundación de Sigüenza, cuando el centro de gravedad del reino estaba ya en el llano (Lafuente Gómez, en red).

Los dominios de esta comunidad, durante los reinados de Pedro I y Alfonso II, experimentaron un sustancial aumento, gracias principalmente a las donaciones regias de estos dos monarcas, entre los que destacan citar la villa de Miranda, las de Conillena, Lascasas y Molinos, y numerosos bienes inmuebles en Montearagón, Ayerbe, Luna, Arresella y Banaguás. Más adelante, Pedro I amplió considerablemente el patrimonio monacal en 1097, pues le entregó varias villas (Binacua, Laque, Lorés –luego pardina de Javierrelatre–, Alfa, Santa Cilia, junto a Aibar, Villanúa y Aisa, estas dos últimas cambiadas por Alfonso II por el castillo y villa de Atarés con sus pertenencias) y bienes diversos en Tierz, Quicena y Huesca (Lafuente Gómez, en red).

Por su parte, el monasterio de Casbas fue fundado por la condesa Oria de Pallars en 1173, cuya agencia fue clave también para la dotación del monasterio. Se baraja la hipótesis plausible de que la condesa Oria pretendiera el establecimiento de una institución que

sirviera de panteón a los condes de Pallars; de hecho, ella misma, su hijo Ramón y otros familiares fueron enterrados en Casbas. En 1175, la condesa entregó a la institución tierras en Cascallén y, en 1178, otorgó a la institución, además de la villa de Casbas, Labaña, la villa y castillo de Morata de Jalón y Santa Agram, y heredades en Ricla, Alcolea de Cinca, Peralta de Alcofea, dos molinos en el río Alcanadre, y un exarico en Agello. Este territorio constituyó el núcleo fundacional de las propiedades monásticas (Pérez Galán, en red, b).

Por último, el Real Monasterio de Santa María de Sigena nació con intención de acoger a todas aquellas damas de la nobleza aragonesa que quisiesen colaborar con las Órdenes Militares. En el momento de su fundación el patrimonio del monasterio alcanzaba las 25000 hectáreas, aunque esta cifra fue incrementándose con el tiempo tras las sucesivas donaciones de monarcas y familias de la nobleza. Aunque doña Sancha de Abiego es tenida como la primera priora del monasterio entre 1190 y 1192, lo cierto es que la reina doña Sancha intervenía, durante ese periodo, en todas las cuestiones relativas al funcionamiento del convento. Además, dada la dignidad y cargos de muchas de sus habitantes, no era un convento de clausura, o al menos no en su totalidad. La priora y la subpriora acudían a lugares alejados de su monasterio para hacerse cargo de tareas de gestión del mismo o por otros asuntos, bien fueran de índole personal, bien institucional (Pérez Galán, en red, a).

En todos estos monasterios observamos evidentemente a mujeres al frente de ellos, actuando como auténticas señoras feudales, de la misma forma que lo hacían sus compañeras de género en dominios laicos. En este sentido, cabe destacar a toda una serie de abadesas y prioras.

NOMBRE	INSTITUCIÓN	CRONOLOGÍA	FUENTE
Isabel	Santa María de Casbas	1173-1183	Pérez Galán, en red
Catalana	Santa María de Casbas	1182-1206	Ubieto Arteta, 1966 (II), 10;15;17;19
Sancha de Abiego	Santa María de Sigena	1190-1192	Ubieto Arteta, 1972, 9;10;11
Beatriz	Santa María de Sigena	1194-1200	Ubieto Arteta, 1972, 19;25;32
Ozenda	Santa María de Sigena	1203-1206	Ubieto Arteta, 1972, 37
Urraca (I)	Santa Cruz de la Serós	1061	Ubieto Arteta, 1966 (I), 3
Endregoto	Santa Cruz de la Serós	1128-1135	Ubieto Arteta, 1966 (I), 24;28
Urraca (II)	Santa Cruz de la Serós	1138-1157	Ubieto Arteta, 1966 (I), 29;30;31;32;33
María de Baón	Santa Cruz de la Serós	1166-1172	Ubieto Arteta, 1966 (I), 35;37;38

Estefanía	Santa Cruz de la Serós	1172-1200	Ubieto Arteta, 1966 (I), 40;41;42;45;46;47;48;49 ;50;51;54;56
-----------	------------------------	-----------	---

Además, también algunas de estas mujeres compaginaron sus labores al frente de monasterios femeninos, dúplices en los casos del Hospital y los cistercenses, dotadas de extensos y auténticos señoríos territoriales, con la posesión de dominios laicos. Este fue el caso de Mayor, priora del Hospital en Ricla y Sancha de Abiego, priora del monasterio dúplice de Sigena, a las cuales hemos visto actuar anteriormente en la documentación trabajada.

A lo largo de la Edad Media se produjo un fenómeno de “conversión” de las mujeres de la parentela real en devotas, que dista de ser extraño en las políticas dinásticas europeas desde la época carolingia. Despojadas de su principal nexo con el poder a la muerte de sus maridos, mujeres que habían disfrutado de cuotas significativas de autoridad al lado de los reyes, que habían tejido y mantenían cuando menos retazos de redes sociales operativas y que tenían acceso a patrimonios relacionados con sus dotes nada despreciables, se veían sometidas a una exigencia de castidad en una residencia monacal, lo que suponía una solución convincente para preservar la integridad de los linajes principescos (Laliena Corbera, 2014, p. 21), aunque también podía ser una opción escogida por ellas mismas para protegerse. Lo mismo sucedía, probablemente, con las mujeres de la alta y media nobleza, de ahí que aparezcan Sancha de Lizana, Sancha de Abiego y Mayor, primero como titulares de una honor real y más tarde como prioras o abadesas de diferentes monasterios femeninos.

En conclusión, las mujeres aristócratas al frente de los distintos monasterios femeninos podían gestionar y administrar sus propios patrimonios familiares, a la par que ejercían su dominio sobre los feudos asociados a la institución eclesiástica que regían, haciendo acopio de un enorme poder.

CONCLUSIONES

Carole Pateman en *The sexual Contract* situaba la base de la organización social en el contrato sexual, un acuerdo que consistiría en un arreglo entre hombres y mujeres para el uso del cuerpo de las mujeres. Pero se trataba de un pacto que de contrato no tenía más que la forma, porque en él prevalecería siempre una asimetría total entre las partes. Las mujeres no operarían nunca en condiciones de libertad porque para hacerlo tendrían que tener dominio pleno del objeto contratado (su cuerpo), y este dominio pleno nunca habría existido para las mujeres en las sociedades patriarcales. Por ello, Pateman decía que el contrato sexual precedía al contrato social (Rivera Garretas, 1990, p. 199). Sin embargo, a lo largo de este trabajo hemos visto como las mujeres de la nobleza, a pesar de estar inscritas en una sociedad patriarcal y por tanto estar en una situación de inferioridad con respecto a los hombres, desarrollaron y ejercieron actividades propias de los miembros de su misma clase social.

Y es que una de las características fundamentales en la configuración de la personalidad efectivamente es el género, pero junto a ello las personas somos portadoras de muchos otros rasgos identitarios (nacionalidad, raza, religión, etc.), cada uno de los cuales nos sitúa en una posición dentro de redes de poder. Las sociedades patriarcales comportan una situación de poder, de opresión más o menos relativa entre los varones y las mujeres, situadas en un plano de inferioridad. Sin embargo, esas otras identidades a las que me he referido dispensan otras cuotas de poder a las personas y las mujeres no son inmunes a ellas. Lo que pretendo decir es que las relaciones de género van a diferir en función de la clase social a la que pertenezcan esas mujeres.

Este concepto de intersectorialidad se ha utilizado a nivel historiográfico desde tendencias marxistas, dónde nunca habría sido uno únicamente el factor causante de las diferentes desigualdades que se producen entre los individuos, siendo varias las causas que provocan este tipo de relaciones. Sin embargo, el estatus nobiliario, evidentemente, habría atenuado esta desigualdad de género.

En este sentido, en contra de lo que defendía Carole Pateman, la realidad de las relaciones de género que se habrían producido en el seno de la clase aristocrática aragonesa sería algo más acorde a lo que decía el historiador francés Pierre Bonnassie, que a igualdad de fortuna o de miseria, las mujeres del año mil no eran menospreciadas por los hombres de su entorno. Es decir, el contrato sexual no podía preceder al contrato social, dado que las mujeres serían “inferiores” siempre y cuando se situaran en una clase equivalente o inferior al hombre con el que se compararan, pero nunca si pertenecían a una de mayor condición.

Los grupos aristocráticos en el reino de Aragón se convirtieron en una verdadera clase hegemónica capaz de desarrollar una nueva y eficaz forma de control social más coercitiva, como fue el señorío banal, en la que los señores, desde el dominio de las fortificaciones aristocráticas convertidas en verdaderos territorios castrales, ejercían

pleno dominio sobre sus vasallos, a los que llegaron a demandar una amplia gama de tributos y rentas variadas (Utrilla Utrilla, 2009, p. 202). Como hemos visto a lo largo de este trabajo las mujeres de la aristocracia no fueron ajenas a este proceso, sino que participaron de todas las ventajas que confería el hecho de pertenecer a la clase dirigente, erigiéndose como agentes activos dentro de la sociedad feudal aragonesa.

De hecho, hemos visto a lo largo de todo el trabajo como las mujeres gozaron de cierta capacidad de maniobra, actuando como sujetos y no como objetos políticos. Además, cuando hemos profundizado en el estudio de alguna de las mujeres que han dejado mayor rastro en la documentación, en seguida hemos podido ver como tuvieron una presencia potente en su tiempo, algo que sus contemporáneos reconocen. Pero lejos de concluir que esto es una excepción, tal y como han hecho muchos historiadores anteriormente, si vamos analizando detenidamente la documentación conservada, encontramos no uno, sino muchos casos significativos.

Tanto si poseían la titularidad de un dominio como si actuaban al lado de sus maridos o como valedoras en la ausencia de estos, las mujeres de la aristocracia habían de estar preparadas para todo tipo de actividades, generalmente de gestión, pero tampoco estuvieron excluidas de otras actividades de aparente exclusividad masculina, como fue la defensa de un castillo. De un modo u otro, en la documentación se percibe que se aceptaba plenamente que las mujeres tuvieran el gobierno de un castro.

El hecho de que las mujeres de la aristocracia pudieran gobernar feudos no entraba en contradicción con el discurso de la domesticidad presente desde que Jenofonte escribiera *El económico*, un tratado de gobierno y administración de la casa que atribuye por naturaleza el regimiento del plano doméstico, del hogar, a las mujeres. No entraba en contradicción porque desde el punto de vista de la sociedad feudal, la posibilidad de ser propietaria de un feudo se inscribía dentro del plano de la propiedad, en definitiva, del espacio doméstico.

El feudo como organización del territorio lo encontramos desde la época carolingia hasta el siglo XII en el conjunto de la Europa cristiana. Y si bien la imagen que tenemos del feudatario en general es la de un miembro de la nobleza dedicado a la actividad militar (*bellator*), lo que transmiten las fuentes primarias de la época, como hemos visto, no siempre se corresponde con ese arquetipo, sino que con relativa frecuencia encontramos a mujeres con el rol de feudatarias, ejerciendo el poder desde el núcleo del feudo. Ellas no se quedan en el anonimato, sino que surgen con fuerza en la documentación, tal y como hicieron en la vida pública de su tiempo de modo que, con frecuencia, pasan mucho más desapercibidas ante los ojos de los historiadores que ante los de sus contemporáneos.

En definitiva, los estudios de las mujeres nobles permiten un análisis de la relación de estas con el poder, así como completar la visión del grupo social al que pertenecían, que no se puede entender plenamente sin estudiar a la parte femenina. Los estudios sobre las mujeres en el medievo no solo han permitido renovar la visión que se tenía de estas figuras, sino que han propiciado un análisis más depurado de la política, la sociedad y la cultura medieval. Es por ello necesario, a través de este tipo de estudios, introducir a las

mujeres dentro del canon de lo que se concibe normalmente por “Historia” y estudiarlas, no solo como objetos de monografías especializadas como mujeres “excepcionales”, sino también dentro de las obras de síntesis, los libros de texto y los manuales.

Los libros de Historia que no registren las experiencias, actuaciones y aportaciones de las mujeres del pasado perderán interés y credibilidad por falta de rigor y ajuste a la realidad completa, al haber excluido de entrada a la mitad de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- BECEIRO PITA, Isabel, *Modelos de conducta y programas educativos para la aristocracia femenina (XII-XV)*, De la Edad Media a la Moderna: mujeres, educación y familia en el ámbito rural y urbano, 1999, págs. 37-72
- DRELL, Joanna, *Aristocratic Economies: Women and Family*, Oxford Handbooks Online, 2013, págs.405-424
- FUENTE PÉREZ, María Jesús, *¿Reina la reina? Mujeres en la cúspide del poder en los reinos hispánicos de la Edad Media (siglos VI-XIII)*, Espacio, tiempo y forma. Serie III, Historia medieval, Nº 16, 2003, págs. 53-72
- FUSTER GARCÍA, Francisco, *La historia de las mujeres en la historiografía española: propuestas metodológicas desde la historia medieval*, Edad Media: revista de historia, Nº 10, 2009, págs. 247-273
- GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel, “Elementos de definición de los espacios de poder en la Edad Media”, *Los espacios de poder en la España medieval*, XII Semana de Estudios Medievales de Nájera, Logroño, IER, 2002, págs. 13-46
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *Viudedad foral y viudas aragonesas a finales de la Edad Media*, Hispania: Revista española de historia, Vol. 53, Nº 184, 1993, págs. 431-450
- GARCÍA HERRERO, María del Carmen, *El universo de las relaciones familiares en el Fuero de Jaca*, El fuero de Jaca: estudios, 2004, págs. 227-266
- HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Akal, 2004
- LAFUENTE GÓMEZ, Mario, *Las mujeres de la pequeña nobleza aragonesa en la Baja Edad Media*, Las mujeres de la Edad Media: actividades políticas, socioeconómicas y culturales, 2014, págs. 69-90
- LALIENA CORBERA, Carlos, *La formación de las estructuras señoriales en Aragón (1083-1206)*, Señorío y feudalismo en la Península Ibérica Vol.1, 1993, págs. 553-586
- LALIENA CORBERA, Carlos, *La sociedad aragonesa en la época de Sancho Ramírez (1050-1100)*, Sancho Ramírez, rey de Aragón, y su tiempo (1064-1094), 1994, págs. 65-80
- LALIENA CORBERA, Carlos, *La formación del Estado feudal. Aragón y Navarra en la época de Pedro I*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1996
- LALIENA CORBERA, Carlos, *En el corazón del estado feudal: política dinástica y memoria femenina en el siglo XI*, Las mujeres de la Edad Media: actividades políticas, socioeconómicas y culturales, 2014, págs. 13-36

- LEMA PUEYO, José Ángel, *Instituciones políticas del reinado de Alfonso I “el Batallador” rey de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Euskal Herriko Unibertsitatea, 1997
- PASCUA ECHEGARAY y RODRÍGUEZ, Esther y Ana, *Nuevos contextos políticos en la sociedad plenomedieval: esposas y señoras en un mundo de jerarquía y fidelidad*, Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz, 1999, págs. 29-58
- RIVERA GARRETAS, María-Milagros, *Textos y espacios de mujeres (Europa siglos IV-XV)*, Icaria Editorial, 1990
- RODRÍGUEZ, Ana, *De damas poderosas. Poder, memoria e influencia en la Baja Edad Media*, Discurso, memoria y representación: la nobleza peninsular en la Baja Edad Media, págs. 315-332
- SEGURA GRAÍÑO, Cristina, *Las mujeres medievales: perspectivas historiográficas*, Las Mujeres en la Edad Media, 2013, págs. 33-54
- SILLERAS FERNÁNDEZ, Núria, *Reginalitat a l'Edat Mitjana hispànica: concepte historiogràfic per a una realitat històrica*, Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, N°. 50, 2005-2006, págs. 121-142
- STRASSER, Ulrike, *The Sixteenth Century Journal*, Vol. 30, No. 4, 1999, págs. 1115-1117
- TOMÁS FACI, Guillermo, *La señora de Casterlenas: trayectoria vital y estrategias sociales de una aristócrata aragonesa del siglo XII*, Las mujeres de la Edad Media: actividades políticas, socioeconómicas y culturales, 2014, págs. 37-50
- UBIETO ARTETA, Agustín, *Aportación al estudio de la “tenencia” medieval: la mujer “tenente”*, Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón, Sección Zaragoza, Vol. X, págs. 47-61
- UTRILLA UTRILLA, Juan F., *De la aristocracia a la nobleza: hacia la formación de los linajes nobiliarios aragoneses (1076-1276)*, La nobleza peninsular en la Edad Media, 1999, págs. 431-478
- UTRILLA UTRILLA, Juan F., *Conquista, guerra santa y territorialidad en el reino de Aragón: hacia la construcción de un nuevo orden feudal (1064-1194)*, Las Cinco Villas aragonesas en la Europa de los siglos XII y XIII, 2007, págs. 95-128
- VINYOLES VIDAL, Teresa, *Las mujeres del año mil*, Aragón en la Edad Media, N° 17, 2003, págs. 5-26
- VINYOLES VIDAL, Teresa, *La presencia femenina en los castillos a la luz de la documentación catalana medieval*, Meridies: Estudios de historia y patrimonio de la Edad Media, N°. 10, 2012, págs. 175-195
- WILKINSON, J. Louise, *The Rules of Robert Grosseteste Reconsidered: The Lady as Estate and Household Manager in Thirteenth-Century England*, The medieval household

in Christian Europe, 850-1550: managing power, wealth and the body, 2004, págs. 293-306

FUENTES ELECTRÓNICAS

LAFUENTE GÓMEZ, Mario, Santa Cruz de la Serós, Proyecto CLAUSTRA, coord. Blanca Garí de Aguilera, en red, <<http://www.ub.edu/claustra/Monestirs/view/462>> [22/06/2021]

PÉREZ GALÁN, Cristina, Santa María de Sigena, Proyecto CLAUSTRA, coord. Blanca Garí de Aguilera, en red (a), <<http://www.ub.edu/claustra/Monestirs/view/468>> [22/06/2021]

PÉREZ GALÁN, Cristina, Santa María de Casbas, Proyecto CLAUSTRA, coord. Blanca Garí de Aguilera, en red (b), <<http://www.ub.edu/claustra/Monestirs/view/465>> [22/06/2021]

COLECCIONES DIPLOMÁTICAS

ALVIRA CABRER, Martín, *Pedro el Católico, Rey de Aragón y Conde de Barcelona (1196-1213). Documentos, Testimonios y Memoria Histórica*, Institución “Fernando el Católico”, 2010

CABANES PECOURT, M^a Desamparados, *Documentos del Monasterio de Santa María de Veruela (Zaragoza) I (1127-1239)*, Anubar, 2017

CANELLAS LÓPEZ, Ángel, *Colección diplomática de San Andrés de Fanlo*, Serrablo, 1976

CANELLAS LÓPEZ, Ángel, *La colección diplomática de Sancho Ramírez*, Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, 1993

CONTEL BAREA, María Concepción, *El Cister Zaragozano en el siglo XII: Abadías predecesoras de Nuestra Señora de Rueda de Ebro*, Institución “Fernando el Católico”, 1966

CORRAL LAFUENTE, José Luis, *Cartulario de Alaón (Huesca)*, Anubar, 1983

KIVIHARJU, Jukka, *Colección diplomática del Hospital de Santa Cristina de Somport (1078-1304)*, Suomalainen Tiedeakatemia, 2004

LEMA PUEYO, José Ángel, *Colección diplomática de Alfonso I de Aragón y Pamplona (1104-1134)*, Eusko Ikaskuntza, 1990

MARTIN DUQUE, Ángel J., *Colección diplomática del monasterio de San Victorián de Sobrarbe (1000-1219)*, Universidad de Zaragoza, 2004

SÁNCHEZ CASABÓN, Ana, *Alfonso II Rey de Aragón, Conde de Barcelona y Marqués de Provenza: Documentos (1162-1196)*, Institución “Fernando el Católico”, 1995

UBIETO ARTETA, Agustín, *Documentos de Casbas*, Anubar, 1966

UBIETO ARTETA, Agustín, *Documentos de Sigüenza*, Anubar, 1972

UBIETO ARTETA, Antonio, *Colección diplomática de Pedro I de Aragón y Navarra*, Escuela de Estudios Medievales, 1951

UBIETO ARTETA, Antonio, *Cartulario de San Juan de la Peña vol. II*, Anubar, 1963

UBIETO ARTETA, Antonio, *Cartulario de Santa Cruz de la Serós*, Anubar, 1966

UBIETO ARTETA, Antonio, *Cartulario de Siresa*, Anubar, 1986

VIRUETE ERDOZÁIN, Roberto, *La colección diplomática del reinado de Ramiro I de Aragón (1035-1064)*, Institución “Fernando el Católico”, 2013